

LA MONEDA ESTÁ EN EL AIRE

Salvador Rangel Abud



LA MONEDA ESTÁ EN EL AIRE

Salvador Rangel Abud

SINOPSIS

Antes que nada hay que hablar de una moneda.

La moneda está en el aire es una novela de aventura, humor inteligente y patrimonio cultural, construida alrededor de un objeto improbable: un peso de ensayo del siglo XIX, conocido en la numismática como peso Mulletto, que un conde francés arruinado roba en una subasta de Sotheby's en París y arrastra, por torpeza acumulada más que por maldad premeditada, hasta las alcancías del Templo de Santo Domingo en Oaxaca. Allí lo encuentra Evodio Tordillo, sacristán de cincuenta y seis años con una filosofía propia de la economía doméstica, que lo convierte en llavero sin sospechar que lo que cuelga entre sus llaves tiene ciento sesenta años de historia disputada y a media docena de personas buscándolo desde direcciones opuestas.

Tres personajes, tres lógicas distintas, un solo objeto que no le pertenece a ninguno. La historia que resulta es parte thriller, parte comedia de situaciones, parte documento didáctico sobre el patrimonio cultural mexicano y los sistemas que lo protegen —o intentan protegerlo— cuando el mundo no colabora.

ADVERTENCIA DE CONTENIDO

Esta novela contiene a un ladrón que no es malo, a una detective que no es rígida, a un sacristán que no es santo y a una moneda que tiene más carácter que todos ellos juntos. Contiene también información histórica real sobre la Casa de la Moneda de México, la Ley Federal sobre Monumentos, el Templo de Santo Domingo de Guzmán y el mercado de bienes culturales mexicanos, integrada en la ficción sin que nadie tenga que sentirse en clase. El humor, cuando aparece, es involuntario para quien lo produce y perfectamente deliberado para quien lo narra.

SOBRE EL AUTOR

Salvador Rangel Abud es médico cirujano, especialista en salud pública, maestro en administración de hospitales y doctorando en ciencias, además de escritor aficionado.

DETALLES DE PUBLICACIÓN

Título: La moneda está en el aire

Autor: Salvador Rangel Abud

Género: Novela / Aventura / Comedia / Didáctica / Patrimonio cultural

Extensión: ~30,000 palabras aproximadamente

Estructura: Prólogo + 12 capítulos + Epílogo

Ambientación: París / Ciudad de México / Oaxaca de Juárez

Idioma: Español

Año de publicación: 2026

Plataforma: Internet Archive — Acceso abierto

Contacto: wrangel.1352@gmail.com

NOTA DEL AUTOR

Esta novela nació de una pregunta que el patrimonio cultural mexicano lleva décadas planteando sin respuesta satisfactoria: ¿qué pasa con los objetos que pertenecen a todos cuando nadie en particular los cuida? La respuesta, descubierta mientras escribía, es que a veces los cuida alguien que no sabe que los está cuidando. Eso me pareció suficientemente interesante como para construir una novela alrededor.

LICENCIA

Esta obra se publica bajo la licencia Creative Commons:

Salvador Rangel Abud © Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

Usted es libre de compartir y distribuir esta obra en cualquier medio o formato, siempre que se otorgue crédito apropiado al autor, no se utilice con fines comerciales y no se generen obras derivadas sin autorización expresa. Más información: creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0

PALABRAS CLAVE

patrimonio cultural · numismática · Casa de la Moneda de México · peso Mulleto · Oaxaca · Santo Domingo · INAH · novela de aventura · comedia · thriller de objetos · bienes culturales · restitución · México · novela en español · humor

TEMAS PRINCIPALES

La novela no trata sobre numismática sino sobre pertenencia: a quién pertenecen los objetos que ningún individuo puede poseer legítimamente, y qué ocurre cuando esos objetos pasan por manos que no los buscaron. A lo largo de sus doce capítulos, *La moneda está en el aire* explora el patrimonio cultural como concepto jurídico y como realidad humana concreta, la distancia entre las intenciones de la ley y la vida de quienes viven al margen de ella, la torpeza como forma involuntaria de honestidad, y la decisión moral tomada sin testigos como el único tipo de decisión que realmente cuenta.

CITAS DESTACADAS

"Antes que nada hay que hablar de una moneda. No porque lo demás no merezca atención, sino porque este objeto en particular tiene la cualidad de preceder a los acontecimientos con una dignidad que ninguno de los personajes ha logrado igualar."

"Si de verdad vale tanto, entonces no es tuya, Evodio. Nunca lo fue."

"Hay un nivel de torpeza tan genuina que el sistema de seguridad no está calibrado para detectarlo."

"Los museos tienen la habilidad extraordinaria de dar a los objetos una historia limpia, oficial y ligeramente aburrida."

"La moneda los observa a todos desde su terciopelo negro. O así lo parece, que ya es bastante."

COMPARACIONES LITERARIAS

Los lectores familiarizados con las siguientes obras encontrarán en *La moneda está en el aire* un territorio narrativo cercano, con el anclaje mexicano y patrimonial que le es propio.

Irving Wallace (*El documento R*): la novela de objeto con carga histórica que desencadena una serie de eventos imprevistos a partir de su circulación por manos no autorizadas.

Arturo Pérez-Reverte (*El club Dumas*): la pieza antigua como motor de la trama, con un narrador que sabe más que los personajes y lo usa con elegancia.

Miguel de Cervantes (en espíritu): la novela que trata un asunto serio con herramientas cómicas y sale del otro lado con ambas intactas.

PREGUNTAS PARA DISCUSIÓN

Géraud roba la moneda sin haberlo planeado. ¿Eso lo hace más o menos responsable que si lo hubiera premeditado? ¿Cambia algo en su juicio moral la circunstancia que lo llevó a ese impulso?

Evodio practica lo que el narrador llama "economía doméstica": toma un porcentaje de las alcancías como compensación no oficial. ¿Es esto robo o algo diferente? ¿La distinción que Evodio hace es válida?

Remedios dice: "Si de verdad vale tanto, entonces no es tuya, Evodio. Nunca lo fue." ¿Qué tipo de argumento es ese: legal, moral, práctico, o los tres a la vez?

La novela integra información sobre el INAH, la Ley Federal de Monumentos y los mecanismos de restitución internacional. ¿Cambia eso la forma en que usted percibe el tema del patrimonio cultural en México?

El epílogo muestra a una niña preguntando por qué la cédula del museo no dice quiénes estuvieron involucrados con la moneda. ¿Qué respuesta le daría usted a esa niña?

CÓMO CITAR ESTA OBRA

APA: Rangel Abud, S. (2026). La moneda está en el aire. Internet Archive. <https://archive.org>

MLA: Rangel Abud, Salvador. La moneda está en el aire. Internet Archive, 2026.

Chicago: Rangel Abud, Salvador. La moneda está en el aire. Internet Archive, 2026.

OTRAS OBRAS

Salvador Rangel Abud es autor de más de cien novelas publicadas. Su obra abarca el thriller científico, la novela histórica, la comedia negra, la ciencia ficción, la sátira política, la crónica costumbrista, la fábula ética, la comedia eclesiástica, el drama psicológico histórico, el thriller médico de denuncia, la comedia romántica, el thriller psicológico clínico, la novela bucólico-costumbrista, el thriller de intriga familiar, la ficción onírica y —como demuestra esta entrega— la novela de aventura y humor inteligente con sustento en el patrimonio cultural mexicano.

Todas sus obras de acceso abierto se encuentran disponibles en Internet Archive bajo licencia CC BY-NC-ND 4.0. Para solicitudes de reseña, colaboración editorial o derechos de traducción, contactar directamente al autor por correo electrónico.

MENSAJE FINAL

México tiene un patrimonio cultural de una riqueza que sus propios habitantes rara vez dimensionan del todo. Tiene instituciones que lo cuidan con recursos que nunca son suficientes y con una convicción que no siempre recibe el reconocimiento que merece. Tiene también sacristanes que encuentran monedas en las alcancías y toman la decisión correcta cuando nadie los obliga a hacerlo y nadie los vería si no lo hicieran.

A todos ellos va dedicada esta novela.

LA MONEDA ESTÁ EN EL AIRE

Salvador Rangel Abud

PRÓLOGO:	El objeto
CAPÍTULO 1:	Un conde sin castillo
CAPÍTULO 2:	La mujer que no descansa
CAPÍTULO 3:	Instrucciones para vender lo que no tiene precio
CAPÍTULO 4:	El mapa equivocado
CAPÍTULO 5:	Oaxaca no es lo que Géraud esperaba
CAPÍTULO 6:	La alcancía
CAPÍTULO 7:	Evodio Tordillo y el arte de la economía doméstica
CAPÍTULO 8:	Martine en territorio desconocido
CAPÍTULO 9:	El llavero más caro del mundo
CAPÍTULO 10:	Tres personas buscando lo mismo desde direcciones opuestas

CAPÍTULO 11:	La elección de Evodio
CAPÍTULO 12:	Lo que la moneda dejó
EPÍLOGO:	La moneda en su vitrina

PRÓLOGO

El objeto

París, sala de subastas Sotheby's, una tarde de otoño

Antes que nada hay que hablar de una moneda.

No porque lo demás no merezca atención —ya tendrá todo su momento— sino porque este objeto en particular tiene de facto la cualidad de preceder a los acontecimientos, con una dignidad que ninguno de los personajes que aparecerán en estas páginas ha logrado igualar.

La moneda estuvo aquí antes que ellos. Estará aquí después. Y si algo habremos de aprender, es que en sus ciento setenta años de existencia disputada, es que los seres humanos son perfectamente capaces de complicarlo todo sin necesitar ayuda de nadie.

Esa moneda descansa esta tarde sobre un atril de terciopelo negro, en la sala principal de Sotheby's París, bajo una iluminación que los especialistas en subastas llaman "neutra" y que en realidad es exactamente la cantidad de luz calculada para hacer que cualquier objeto parezca más valioso de lo que el comprador esperaba pagar. A su alrededor, hombres y mujeres con el semblante sereno de quienes han aprendido a desear en silencio examinan el catálogo, intercambian saludos que no implican afecto, y esperan.

La sala huele a madera vieja, a perfume caro y a la tensión específica que produce el dinero cuando todavía no ha decidido a quién pertenece.

En el catálogo figura bajo el lote 47, descrita con la sobriedad técnica del gremio: *Moneda de ensayo, plata, México, siglo XIX. Peso Mulleto. Ejemplar de procedencia documentada. Estado de conservación: muy bueno*. Diecisiete palabras para describir un objeto cuya existencia ha sido discutida, negada, afirmada y vuelta a negar por tres generaciones de numismáticos en dos continentes. Diecisiete palabras, y ni una sola sobre lo que realmente es.

Permítase entonces una digresión necesaria.

En la historia de la acuñación, hay objetos que existen porque alguien los mandó hacer, y hay objetos que existen a pesar de todo. El peso Mulleto pertenece a la segunda categoría. Su nombre viene del italiano numismático —Mulleto, híbrido, mulo— y designa una moneda de ensayo fabricada con dos cuños que no fueron diseñados para convivir: el anverso de un tipo y el reverso de otro, unidos en un mismo cospel de plata como experimento técnico antes de la acuñación oficial. No se trata de una falsificación ni de un error. Se trata de una prueba, de un objeto de transición que la Casa de la Moneda de México produjo en cierto momento del siglo XIX para comparar diseños, calibrar cuños, resolver internamente una disputa entre estética y funcionalidad que los registros históricos no consignaron con suficiente detalle.

La Casa de la Moneda de México, conviene recordarlo, no era en esa época una institución de temperamento tranquilo. Fundada en 1535 por cédula real de Carlos I como la primera de América, había sobrevivido la Conquista, la Colonia, la Independencia y varias repúblicas de duración variable, adaptándose a cada régimen con la flexibilidad de quien sabe que los metales preciosos trascienden a los gobiernos. En el siglo XIX, operaba bajo una presión constante: la demanda internacional de plata mexicana era enorme, los diseños de las monedas cambiaban con cada administración que quería dejar su huella en el numerario, y los ensayadores —los técnicos responsables de garantizar la pureza del metal y la calidad del cuño— desarrollaban a veces soluciones prácticas que la burocracia no había anticipado ni autorizado del todo.

De ese espacio intersticial entre la norma y la necesidad nació, presumiblemente, el peso Mulleto.

El debate sobre su autenticidad lleva décadas sin resolverse y, según todos los indicios, no tiene intención de resolverse pronto. Hay quienes sostienen, con argumentos metalúrgicos de cierto peso, que los ejemplares conocidos son piezas fabricadas en el siglo XX para satisfacer un mercado de coleccionistas dispuestos a pagar bien por la anomalía.

Hay quienes responden con análisis de composición que apuntan a técnicas de aleación consistentes con la producción decimonónica. Hay, también, quienes han dedicado monografías enteras a la cuestión y han terminado más confundidos que al principio, lo cual en numismática es señal de que el tema es genuinamente interesante.

La pieza del lote 47 ha sido examinada por cuatro peritos independientes en los últimos seis meses. Dos la consideran auténtica. Uno tiene reservas que no termina de formular por escrito. El cuarto presentó un informe de veintidós páginas cuya conclusión principal es que la pregunta merece más investigación. El precio de salida refleja esta ambigüedad de forma elegante: suficientemente alto para señalar que algo importante está en juego, suficientemente bajo para dejar margen a la duda.

Esto, naturalmente, la hace todavía más apetecible.

Hay una paradoja en el corazón del mercado de antigüedades que los iniciados conocen y rara vez enuncian: lo que más se desea no es lo que está completamente probado sino lo que está casi probado. La certeza aburre. La casi-certeza, en cambio, produce una tensión que ningún objeto plenamente documentado puede igualar. El peso Mulleto del lote 47 vive en ese espacio con la comodidad del que ha estado allí desde siempre.

La sala se va llenando. Los asistentes llegan con esa puntualidad calculada que no es llegar temprano ni tarde sino exactamente a tiempo para que quede claro que uno tiene otras cosas que hacer pero ha decidido priorizar esto. Los catálogos se hojean, se anotan márgenes, se intercambian miradas que contienen ofertas, rechazos y alianzas temporales sin que nadie mueva los labios.

La moneda los observa a todos desde su terciopelo negro.

O así lo parece, que ya es bastante.

Lo que está a punto de ocurrir no lo habría imaginado ninguno de los presentes. Incluido el hombre que en este momento está entrando por la puerta del fondo con un traje azul marino ligeramente arrugado y una expresión de quien no tiene del todo claro qué está haciendo aquí, pero confía en que algo se resolverá.

Ese hombre todavía no sabe lo que va a suceder con la moneda. Todavía no sabe, por tanto, todo lo que eso va a desencadenar.

La moneda, si supiera, probablemente tampoco le habría advertido.

Tiene ese carácter.

CAPÍTULO 1

Un conde sin castillo

París, Sotheby's y sus alrededores, misma tarde

Géraud de Sabran-Pontevès llevaba en la sala exactamente cuarenta y siete minutos cuando robó la moneda, y durante cuarenta y cinco de esos minutos no tenía la menor intención de hacerlo.

Había llegado puntual, lo cual ya era un error. En Sotheby's, la puntualidad es señal de que uno no tiene nada mejor que hacer, y Géraud, que en efecto no tenía nada mejor que hacer, lo ignoraba. Se instaló en una silla de la tercera fila con el catálogo abierto en una página al azar y adoptó la expresión de

concentración vaga que había observado en otros asistentes, sin saber que esa expresión, en ellos, era genuina. En él era actuación, y la diferencia, aunque invisible para la mayoría, era perfectamente legible para cualquiera que hubiera pasado suficiente tiempo en salas como esa.

El narrador tiene el deber de presentarlo con honestidad.

Géraud de Sabran-Pontevès, cuarenta y cuatro años, noveno conde de una estirpe cuya relevancia había ido decreciendo con la misma constancia con que subían sus deudas, era el tipo de hombre que inspira una simpatía involuntaria precisamente porque las cosas no le salen bien y él se niega a admitirlo del todo. Alto, de complexión que alguna vez fue atlética y ahora era más bien evocadora de lo atlético, llevaba el traje azul marino que era el único que le quedaba en condiciones presentables desde que el resto de su guardarropa había migrado, junto con casi todo lo demás, al proceso de liquidación que sus acreedores llamaban "reestructuración patrimonial" y que Géraud llamaba, en la intimidad de su apartamento del decimocuarto Distrito, con palabras que no conviene reproducir aquí.

El castillo de Ansouis había sido el último bastión. No solo como propiedad, sino como idea. El castillo de Ansouis, enclavado en el corazón del Lubéron provenzal, era una construcción del siglo XI que había sobrevivido cruzadas, pestes, revoluciones y tres siglos de turistas con cámara fotográfica. Había resistido todo eso. Lo que no había resistido era a Géraud.

La pérdida no fue dramática. Fue administrativa, que es peor. Una acumulación de hipotecas renegociadas, de proyectos de reconversión turística que no terminaron de cuajar, de inversiones en restauraciones que el arquitecto garantizó como "inversión segura" y que resultaron ser cualquier cosa menos eso. La última temporada como alojamiento rural de lujo cerró con una media de una estrella y media en las plataformas digitales y un comentario de una visitante alemana que decía, con la precisión devastadora de quien no sabe que está siendo cruel: "aceptable pero el conde no". Esa frase, leída a las dos de la madrugada en la pantalla de su teléfono, lo había acompañado desde entonces con la fidelidad que uno esperaría de un buen amigo.

Había venido a la subasta porque Philippe Mauboussin, un conocido de esos que uno tiene cuando ha tenido un castillo y que van desapareciendo a medida que el castillo desaparece, lo había llamado la semana anterior con una propuesta formulada con la vaguedad característica de las propuestas que no tienen sustancia real.

—Oye, Géraud, ¿sigues interesado en el mercado de antigüedades?

—Por supuesto —había respondido Géraud, que no estaba interesado en el mercado de antigüedades pero tampoco estaba interesado en admitir que no estaba interesado en nada que pudiera producir dinero.

—Sotheby's tiene una subasta el martes. Cosas interesantes. Habría que ir, ver, hacer contactos. Ya sabes cómo funciona.

—Naturalmente —dijo Géraud, que no sabía cómo funcionaba pero tenía el traje azul marino y algo que llenar en el calendario.

—¿Tienes liquidez para pujar?

Hubo una pausa de duración calculada.

—Prefiero ir como observador esta vez. Evaluar el terreno.

—Claro, claro —dijo Philippe, con el tono de quien no cree lo que acaba de escuchar pero ha decidido que señalarlo no le conviene a nadie. Luego añadió, con la generosidad de quien sabe que lo que da no le cuesta nada—: Si ves algo que te interese y necesitas respaldo, ya sabes dónde estoy.

—Te lo agradezco —dijo Géraud, que sabía perfectamente que Philippe no tenía ninguna intención de respaldar nada pero que el ofrecimiento, dicho así, en ese tono, era una forma de mantener la ficción de que las cosas entre ellos seguían siendo como antes. Era un servicio que los dos se prestaban mutuamente y que ninguno de los dos nombraba.

Así que Géraud fue. Se instaló en la tercera fila, abrió el catálogo en una página al azar y empezó a leer sobre el lote 47 con el interés creciente de alguien que no esperaba encontrar nada relevante y se topa con algo que no puede dejar de mirar.

La moneda del lote 47 lo hipnotizó desde la primera descripción. Y cuando la vio sobre el atril, la hipnosis se confirmó. Había en ella algo que perturbaba incluso a quienes no sabían exactamente qué estaban viendo: un desequilibrio sutil entre el anverso y el reverso, como si dos órdenes distintos hubieran sido forzados a convivir en el mismo objeto sin llegar a un acuerdo. Géraud no era numismático ni historiador ni coleccionista. Era un hombre que había pasado cuarenta y cuatro años rodeado de objetos con historia y había desarrollado, sin formularse nunca en esos términos, una sensibilidad para distinguir cuándo algo tenía peso real.

Esa moneda tenía peso real.

Su vecino de silla, un hombre robusto con gafas de montura gruesa y el catálogo cubierto de anotaciones en tinta roja, notó que Géraud miraba el lote 47 con atención y decidió, con la sociabilidad espontánea de los aficionados ante un objeto compartido, iniciar conversación.

—¿Le interesa el peso Muletto? —preguntó en voz baja, sin apartar los ojos del atril.

—Mucho —dijo Géraud, porque era verdad y porque no tenía una respuesta mejor preparada.

—Es una pieza extraordinaria si es auténtica. Y probablemente lo es. El análisis metalúrgico de Leiden es bastante convincente, aunque los de la escuela vienesa disienten todavía. ¿Conoce el debate?

—En sus líneas generales —dijo Géraud, que no conocía ninguna línea del debate pero había aprendido en cuarenta y cuatro años de vida social que "en

sus líneas generales" era una respuesta que funcionaba para casi cualquier pregunta sobre casi cualquier tema.

—Lo que más me parece fascinante —continuó el hombre, con el entusiasmo del especialista que encuentra un interlocutor— es la tensión entre los cuños. El anverso corresponde a un tipo propuesto en 1866 y el reverso a uno de 1869. Tres años de diferencia en el mismo cospel. Es como un debate numismático materializado en plata.

—Efectivamente —dijo Géraud, asintiendo con la gravedad apropiada.

—¿Piensa pujar?

—Estoy evaluando —dijo Géraud.

El hombre lo miró brevemente con una expresión que contenía, en proporciones difíciles de precisar, escepticismo y cortesía.

—Pues va a subir bastante. Hay tres compradores institucionales registrados y al menos dos privados serios. Si quiere entrar, entre pronto.

—Lo tendré en cuenta —dijo Géraud, con la expresión serena de quien tiene una estrategia y no la de quien acaba de darse cuenta de que no tiene ninguna.

La puja comenzó. Las cifras subieron con la elegancia mecánica de un ritual bien ensayado. El hombre de las gafas pujó dos veces con la discreción del que sabe lo que hace. Géraud observaba desde su silla con la expresión de alguien que está considerando seriamente participar, lo cual era una mentira absoluta pero visualmente convincente.

Fue en ese momento cuando el guardia de sala se movió hacia la puerta del fondo.

No fue una ausencia larga. Treinta segundos, quizás cuarenta. El caso es que en ese intervalo, mientras la atención de la sala estaba concentrada en la puja, algo ocurrió en Géraud que él mismo, interrogado después, no habría podido describir con precisión. No fue un cálculo. No hubo deliberación ni evaluación de riesgos. Fue la confluencia exacta de la desesperación acumulada, la oportunidad inesperada y una certeza repentina, irracional y absolutamente incorrecta, de que ese objeto podía devolverle algo que el mundo le había quitado.

Los dedos encontraron el borde del atril. La moneda desapareció en el bolsillo interior del saco.

Nadie miró.

Lo que siguió fue una demostración de que el cuerpo humano puede actuar con una coherencia que la mente no ha autorizado del todo. Géraud cerró el catálogo, lo depositó sobre la silla con el gesto de quien ha terminado, se puso de pie con una lentitud que pretendía ser casual y saludó con una inclinación de cabeza al hombre de las gafas.

—Buena suerte con el lote —murmuró Géraud.

—Igualmente —respondió el hombre, sin mirarlo, con los ojos fijos en el atril donde ya no había nada.

Géraud caminó hacia la salida. En la puerta, un ujier joven lo miró con la atención profesional del cargo.

—¿Se retira, monsieur?

—Tengo una reunión —dijo Géraud.

—Por supuesto —dijo el ujier, y le abrió la puerta con la eficiencia de quien no tiene motivo para sospechar de nadie que lleva traje azul marino y dice tener una reunión.

El aire de París en octubre es frío sin ser hostil, limpio sin ser inocente. Géraud lo aspiró con la intensidad de quien acaba de recordar que respirar no es automático. Caminó dos bloques, giró en una esquina, entró en el primer café que encontró y se sentó en la mesa del fondo.

La camarera llegó en menos de un minuto, lo cual en París es un acontecimiento estadísticamente notable.

—¿Monsieur?

—Un expreso —dijo Géraud.

—¿Solo?

—Solo.

La camarera se fue. Géraud sacó la moneda del bolsillo interior y la sostuvo en la palma de la mano. Era más pequeña de lo que había parecido en el atril. Más pesada también, aunque eso podía ser la culpa, que tiene la propiedad de añadir peso a las cosas. El anverso mostraba una imagen que no supo identificar del todo. El reverso, otra distinta.

La camarera volvió con el expreso, depositó la taza sobre la mesa y miró la moneda un instante con la curiosidad breve y no invasiva que es característica del personal de hostelería parisino.

—Es antigua —dijo, sin afirmar ni preguntar, simplemente observando.

—Sí —dijo Géraud.

—¿Es valiosa?

Géraud la miró un momento. Era una pregunta razonable. Probablemente la más razonable que le habían hecho en todo el día.

—Depende de a quién le pregunte —dijo.

La camarera asintió con la expresión de quien considera que esa respuesta es filosóficamente interesante pero no prácticamente útil, y se retiró a atender otra mesa. Géraud la vio alejarse y pensó que, en otras circunstancias, la respuesta habría sido un buen comienzo de conversación. En las circunstancias actuales era simplemente la verdad dicha de la única forma en que podía decirse.

Géraud bebió el expreso. Pensó en el castillo de Ansouis, en el notario con su pluma elegante, en Philippe Mauboussin y su propuesta vaga y su

ofrecimiento de respaldo que los dos sabían que era decorativo. Pensó en el hombre de las gafas con sus anotaciones en tinta roja, que en ese momento probablemente estaba mirando el atril vacío con una expresión que él no iba a poder ver nunca, y que quizás ya había llamado a alguien para reportar lo que faltaba, y que ese alguien ya había llamado a otro alguien, y que esa cadena de llamadas estaba en marcha en algún lugar de París mientras él se sentaba en un café con el expreso vacío y una moneda en la palma de la mano.

Desde Sotheby's, a dos bloques de distancia, llegaba ya la incomodidad que se expande como mancha cuando algo no está donde debía estar.

Géraud no sabía nada de eso. Estaba mirando la moneda con el expreso vacío a su lado y París funcionando a su alrededor con la indiferencia que las ciudades grandes reservan para los momentos más decisivos de la vida de sus habitantes.

Y entonces se hizo las dos preguntas que cualquier persona razonable en su situación se habría hecho bastante antes.

Qué diablos acababa de hacer exactamente.

Y, más urgentemente, qué diablos iba a hacer a continuación.

CAPÍTULO 2

La mujer que no descansa

París, sede de la OCBC y otros lugares poco glamorosos, días después

Martine Monteil tenía cincuenta y dos años, veinte de ellos dedicados a recuperar objetos que otros consideraban demasiado pequeños para merecer atención institucional. Su historial incluía un manuscrito carolingio robado de una abadía belga, diecisiete monedas visigodas desaparecidas de un museo de Toledo y, su caso favorito, una figurilla precolombina que había estado seis años como pisapapeles en el escritorio de un notario de Lyon que juró no saber que era patrimonio arqueológico protegido.

Martine no le creyó. El notario lo sabía perfectamente, pero había aprendido con el tiempo que decir que no se sabe algo con suficiente convicción produce, en ciertos contextos administrativos, efectos similares a no saberlo. Martine pertenecía a los contextos donde esa estrategia no funcionaba.

La Office Centrale de Lutte contre le Trafic des Biens Culturels, que sus propios integrantes llamaban la OCBC con la resignación de quien ha aceptado que algunos nombres no se prestan a diminutivos afectuosos, era una unidad especializada de la Policía Judicial francesa creada en 1975 para investigar el robo, la falsificación y el tráfico ilícito de bienes culturales, coordinar con organismos internacionales cuando las piezas cruzaban fronteras y recuperar lo que pudiera recuperarse.

Su base de datos estaba conectada con la de INTERPOL, que mantenía un registro activo de más de cincuenta mil bienes culturales robados en todo el mundo, consultado de forma rutinaria por museos, casas de subastas y

marchantes antes de aceptar cualquier transacción. Era un sistema razonablemente eficaz cuando los ladrones eran profesionales. Cuando no lo eran, la eficacia dependía de otros factores.

La reunión del lunes por la mañana tenía todos los ingredientes de las reuniones que Martine había aprendido a sobrevivir: una mesa ovalada, café malo en vasos de plástico, luz de neón que aplanaba los rostros dándoles a todos el aspecto de personas que llevan más tiempo del recomendable en interiores, y el comisario Delacombe abriendo una carpeta con la autoridad de quien la abre por primera vez aunque técnicamente ya la había revisado en el metro, en diagonal, entre la estación Châtelet y la estación Cité.

También estaba el inspector Renard, que llevaba quince años en la unidad y había desarrollado la habilidad de parecer atento durante las reuniones sin procesar necesariamente lo que se decía, y la inspectora Véronique Aubert, convocada por un error de agenda que nadie había corregido a tiempo y que pasó los primeros diez minutos buscando el momento adecuado para señalar que se había equivocado de sala sin que resultara demasiado incómodo para nadie, y finalmente decidió quedarse porque el café, aunque malo, era gratuito.

—El caso Sotheby's —dijo Delacombe, cerrando la carpeta con la misma autoridad con que la había abierto— es, en términos de prioridad institucional, un asunto de nivel medio. La pieza tiene valor patrimonial pero no extraordinario. El perfil del sospechoso no sugiere red organizada. Lo trataríamos como recuperación estándar. Seguimiento de treinta días, informe quincenal.

—¿Qué define "nivel medio"? —preguntó Martine.

Delacombe la miró con la expresión de quien no esperaba preguntas.

—El valor estimado de la pieza, la ausencia de red criminal identificada, la...

—El valor estimado de la pieza en el catálogo era de ochenta mil euros —dijo Martine—. El valor real, si la autenticidad se confirma, puede ser tres veces eso. Y la ausencia de red criminal no la hace menos urgente. La hace más impredecible.

—Monteil —dijo Delacombe, con el tono de quien pronuncia un apellido para ganar tiempo—, todos los casos son urgentes según quien los lleva.

—Este en particular —dijo Martine— tiene una característica que me preocupa. El ladrón no actúa como profesional. No tenía plan de salida, no tiene contactos identificables en el mercado, actuó en un impulso en una sala llena de gente. Eso no lo hace inofensivo. Lo hace impredecible, que desde el punto de vista operativo es considerablemente peor.

Hubo un silencio breve. Renard aprovechó para servirse más café. La inspectora Aubert miró su teléfono por debajo de la mesa con la discreción de quien sabe que lo que hace es visible pero confía en que nadie lo mencione.

—¿Tiene alguna hipótesis sobre su destino inmediato? —preguntó Delacombe, con el tono de quien hace una concesión táctica.

—Intentará vender. No tiene los contactos para hacerlo bien, así que cometerá errores. El primero probablemente ya lo cometió.

—¿Basándose en qué?

—En veinte años mirando cómo la gente comete errores —dijo Martine.

Delacombe consideró varias respuestas y eligió la más segura.

—Proceda con la investigación. Informe quincenal. Y Monteil: sin operativos transfronterizos sin autorización previa.

—Por supuesto —dijo Martine, que interpretó esa instrucción como todas las instrucciones de Delacombe: como una descripción del procedimiento formal que existía en paralelo con lo que ella iba a hacer de todas formas.

La reunión terminó. La inspectora Aubert se acercó a Martine en el pasillo con el alivio de quien finalmente puede hacer la pregunta que ha estado reteniendo.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Ya lo estás haciendo —dijo Martine.

—¿Por qué te importa tanto este caso? Por lo que describes, es un aficionado con mala suerte.

—Por exactamente eso —dijo Martine—. Los aficionados con mala suerte hacen cosas que los profesionales nunca harían. Y las cosas que nadie esperaría son las más difíciles de anticipar.

Aubert lo pensó un momento.

—Tiene lógica —dijo—. Aunque suena a que te estás buscando trabajo extra.

—Siempre —dijo Martine, y entró a su oficina.

Reconstruir a Géraud de Sabran-Pontevès le llevó una tarde. El historial era elocuente en su acumulación: el castillo, las hipotecas, la liquidación, la presencia en la lista de asistentes de Sotheby's sin historial de puja previo en ninguna sala europea. Cada dato aislado era insignificante.

Juntos construían el retrato de un hombre que había llegado a Sotheby's sin saber exactamente por qué y había tomado una decisión que tampoco sabía exactamente por qué había tomado. Era un perfil que Martine había visto antes, con nombres distintos y circunstancias distintas, pero con la misma textura de fondo: el hombre o la mujer que llega a cierto punto de pérdida y hace algo que ningún análisis previo de su carácter habría anticipado.

Esa misma tarde la llamó el perito de Sotheby's, un hombre de nombre Ferrand que llevaba treinta años catalogando objetos y había desarrollado sobre ellos una posesividad casi paterna.

—Inspectora Monteil, necesito saber si tienen alguna pista concreta. Esa pieza tiene un seguro que mi empresa va a tener que activar si no hay recuperación en cuarenta y ocho horas y el proceso administrativo es absolutamente...

—Señor Ferrand —dijo Martine.

—...catastrófico, se lo aseguro, porque el formulario que exige la aseguradora tiene dieciséis secciones y la sección nueve requiere un certificado de autenticidad que precisamente está en disputa dado que la pieza...

—Señor Ferrand —repitió Martine.

—¿Sí?

—Vamos a recuperar la pieza. Necesito que no active el seguro todavía.

Hubo una pausa.

—¿Cuánto tiempo necesita?

—El que necesite.

—Eso no es una respuesta operativamente útil, inspectora.

—Es la única que tengo —dijo Martine—. Y es más honesta que una fecha que no puedo garantizar.

Otra pausa, más larga.

—Tiene una semana —dijo Ferrand—. Después activo el seguro y el abogado de la aseguradora empieza a llamar a su jefe.

—Una semana es suficiente —dijo Martine, que no sabía si era suficiente pero sabía que decir lo contrario no mejoraría nada.

Colgó. Escribió en su libreta: "Una semana según Ferrand. Probablemente más." Y subrayó la segunda línea.

Tres días después, su asistente Dumont entró a su oficina con una tablet en la mano y una expresión que intentaba ser neutra sin conseguirlo del todo.

—Creo que lo encontré —dijo.

—Siéntate —dijo Martine.

Dumont se sentó y giró la tablet para mostrarle la pantalla.

—Foro de numismática en línea. Publicación de hace dos horas, borrada hace cuarenta minutos. Seudónimo Petrarch_1304. Descripción técnica de una moneda que coincide en todos los detalles con el peso Muletto. Demasiado precisa para alguien que no la tenga en la mano.

Martine leyó la publicación capturada con la atención de quien busca no solo lo que dice sino lo que revela sin querer.

—La dirección IP —dijo.

—Café con wifi público. Decimocuarto Distrito.

—Donde vive Géraud.

—Exacto. Y mire esto —Dumont deslizó la pantalla—. Entre las respuestas capturadas hay una de usuario anónimo, una sola línea: "Si lo que describe es lo que creo que es, le recomiendo que consulte a un abogado antes de continuar esta conversación."

—Eso lo asustó —dijo Martine.

—Cuarenta y tres minutos después de publicar, lo borró todo.

—¿Tenemos al usuario anónimo?

—VPN. No hay forma de rastrearlo por ahora. Pero alguien que sabe lo que es la pieza y no quiere saber más de ella.

—Lo cual significa que Géraud ya intentó vender antes de esto —dijo Martine — y alguien le dijo que no. El foro era un segundo intento. Más desesperado. Menos calculado.

—¿Y el tercero?

Martine se recostó en la silla y miró el techo un momento, que era su forma de ordenar lo que sabía antes de decirlo.

—El tercero será irse. Europa ya no le funciona. Ha intentado el mercado local, ha intentado contactos en Bruselas, imagino, y ahora los foros. Cada puerta que se cierra lo empuja más lejos.

—¿Lo detenemos antes de que salga?

—No todavía. No tenemos suficiente para un arresto que se sostenga. Y si lo asustamos antes de tiempo, la pieza desaparece en algún lugar donde no la vamos a encontrar fácilmente.

—¿Entonces?

—Entonces esperamos. Y cuando se mueva, nos movemos.

Dumont asintió con la expresión del que aprende algo que no estaba en ningún manual. Recogió la tablet y se levantó para salir. En la puerta se detuvo.

—Una cosa más. El sistema de INTERPOL confirmó el registro de la pieza. Cualquier intento de introducirla en el mercado legal en país signatario va a producir una notificación automática.

—Lo sé.

—¿Y si la lleva a un país no signatario?

—Entonces tenemos un problema mayor. Pero no creo que Géraud sepa distinguir entre países signatarios y no signatarios. Eso requiere un nivel de conocimiento del sistema que no tiene. Se moverá a donde crea que puede diluirla. Y donde crea que puede diluirla —dijo Martine, mirando la pantalla donde figuraba el perfil de Géraud— es donde la pieza tiene contexto natural.

Dumont lo pensó.

—¿México?

—México —dijo Martine.

Apagó el monitor y salió al pasillo. En la escalera se cruzó con Renard, que se ponía el abrigo con la expresión de quien ya está pensando en la cena.

—¿Sigues con el caso de la moneda? —preguntó Renard.

—Sí.

—¿Vale la pena todo ese trabajo por una moneda?

Martine lo miró con la paciencia de quien ha respondido variaciones de esa pregunta durante veinte años.

—No es una moneda —dijo—. Es un argumento materializado en plata sobre cómo se toman las decisiones en una institución pública en el siglo XIX. Y sí, vale la pena.

Renard asintió con la sabiduría del que sabe que no tiene réplica útil.

—Buenas noches, Monteil.

—Buenas noches, Renard.

Martine salió a la calle y caminó hacia el metro con las manos en los bolsillos. Hacía frío. París a esa hora tenía la densidad de las ciudades que funcionan mejor de noche que de día, y ella llevaba suficiente tiempo viviéndola como para encontrar cierta comodidad en esa densidad.

Pensó en Géraud, en su apartamento húmedo del decimocuarto, a dos kilómetros de donde ella caminaba en ese momento, con una moneda que no podía vender y una situación que no podía sostener indefinidamente.

Pensó también en Ferrand y sus dieciséis secciones y su plazo de una semana, y en Delacombe con su nivel medio y su informe quincenal, y en Dumont con su tablet y su entusiasmo todavía intacto, y pensó que cada uno de ellos tenía razón en algo y en conjunto no llegaban a la misma conclusión que ella, lo cual era exactamente la razón por la que seguía haciendo ese trabajo después de veinte años.

Solo era cuestión de esperar.

Martine era, entre otras cosas, muy buena esperando.

CAPÍTULO 3

Instrucciones para vender lo que no tiene precio

París, Bruselas y un pueblo de Alsacia cuyo nombre Géraud no recuerda bien, semanas después

Vender una moneda robada de una subasta internacional resultó ser considerablemente más difícil que robarla. Esto, en retrospectiva, era obvio. Pero la retrospectiva tiene la desventaja de llegar siempre después de los hechos, cuando ya no sirve de nada, y Géraud había pasado los primeros días posteriores al robo en un estado de actividad mental tan intensa que no había dejado espacio para la obviedad.

El primer contacto fue Armand Brusset, marchante establecido en Bruselas que operaba desde una tienda en el barrio de Sablon con el nombre deliberadamente anodino de Galería del Norte. Brusset era conocido en ciertos círculos como hombre de criterio amplio en materia de procedencia, lo cual era una forma elegante de decir que no hacía demasiadas preguntas siempre que los números fueran razonables.

Géraud llegó a él a través de una cadena de tres intermediarios cuya longitud debería haberle indicado algo, pero que interpretó, con el optimismo del desesperado, como señal de que estaba accediendo a redes exclusivas.

La tienda olía a madera encerada y a siglos de objetos que habían cambiado de manos más veces de lo que sus propietarios originales habrían aprobado. Brusset lo recibió detrás de un mostrador de cristal lleno de monedas romanas ordenadas con una meticulosidad que rozaba lo patológico, y escuchó la presentación de Géraud con la atención cuidadosa de quien evalúa no solo lo que se le dice sino también a quien se lo dice.

La moneda pasó de manos. Brusset la examinó con una lupa profesional, la giró tres veces, la acercó a la luz de una lámpara y la sostuvo en silencio durante un intervalo que a Géraud le pareció razonablemente esperanzador.

—Es una pieza notable —dijo finalmente Brusset, devolviéndola sobre el mostrador.

—Sí —dijo Géraud, que había preparado una descripción técnica de tres minutos y no encontró el momento de usarla.

—¿De dónde la tiene?

—De una colección privada —dijo Géraud, que era la respuesta que había ensayado en el tren desde París.

—¿Documentada?

—En proceso de documentación.

Brusset asintió con la expresión de quien ha escuchado esa frase en suficientes variaciones como para saber exactamente lo que significa.

—¿Cuándo fue adquirida por la colección?

—Hace algunos años —dijo Géraud.

—¿Cuántos?

—Varios.

Hubo una pausa que Brusset no llenó y que Géraud tampoco supo cómo llenar. El marchante tomó de nuevo la moneda, la examinó por el reverso con la lupa y la volvió a dejar sobre el mostrador con una delicadeza que era en sí misma una declaración.

—Monsieur —dijo Brusset, con la paciencia casi pedagógica de quien ha tenido esta conversación antes—, voy a ser directo con usted porque me parece que le va a ahorrar tiempo a los dos. Esta pieza estuvo en el catálogo de Sotheby's hace tres semanas. Su desaparición generó dos reportes en publicaciones especializadas y una nota en Le Monde cultural. La OCBC tiene un expediente abierto. Cualquier marchante con dos dedos de frente que vea esto va a saber exactamente de dónde viene.

Géraud abrió la boca.

—No me diga que es una coincidencia —dijo Brusset, levantando una mano—. Se lo ruego. Tengo sesenta y dos años y ya no tengo paciencia para las coincidencias.

—¿Y si la pieza fuera a un país donde la OCBC no tiene jurisdicción? —preguntó Géraud, que había estado guardando esa pregunta como reserva estratégica.

Brusset lo miró con algo que podría haber sido admiración si hubiera venido acompañado de menos resignación.

—Monsieur, la OCBC no tiene jurisdicción en muchos países, es cierto. Pero INTERPOL sí. Y la base de datos de bienes culturales robados de INTERPOL tiene más de cincuenta mil registros activos que consultan casas de subastas, museos y marchantes en ciento noventa y cuatro países antes de aceptar cualquier transacción significativa. Esta pieza ya está en esa base de datos. Ha estado desde cuarenta y ocho horas después del robo. —Hizo una pausa—. Los países que no participan en ese sistema de consulta son, digámoslo así, países donde usted probablemente no querría vivir.

—¿Cuánto tiempo necesitaría esperar? —preguntó Géraud.

—¿Para que esto pueda circular sin riesgo? —Brusset lo consideró con la seriedad de un médico calculando un pronóstico—. Diez años. Quizás quince, dependiendo de cómo evolucione el interés institucional. El INAH mexicano es activo en este tipo de reclamaciones.

—¿Diez años? —repitió Géraud.

—Mínimo. Y durante ese tiempo la pieza tendría que estar guardada sin que nadie la vea, sin que le produzca absolutamente nada. —Brusset guardó la lupa en el cajón con el gesto conclusivo de quien cierra una conversación—. ¿Tiene usted la paciencia de un numismático medieval, monsieur?

—No especialmente —admitió Géraud.

—Eso imaginaba. Le deseo buena suerte.

Géraud salió de la Galería del Norte con la moneda, una nueva comprensión de lo que significaba haber robado algo que no podía vender, y la certeza de que Bruselas tampoco iba a resolver nada.

En el tren de regreso a París, sentado frente a una ventana que mostraba campos de remolacha azucarera bajo un cielo gris uniforme, intentó calcular cuántas opciones le quedaban. El resultado del cálculo no fue tranquilizador. Pero el paisaje de Alsacia, hay que reconocerlo, era bastante bonito.

El segundo contacto, conseguido a través de un conocido de un conocido de alguien cuya identidad original Géraud ya no lograba reconstruir con claridad, era un coleccionista privado que vivía en un pueblo de Alsacia en una casa que parecía haber crecido orgánicamente a lo largo de los siglos añadiendo habitaciones cada vez que el propietario adquiría más objetos y necesitaba dónde ponerlos.

Se llamaba Heinrich Obermeyer, tenía setenta y pico años y una colección de monedas romanas de la que hablaba con el afecto que otros reservan para los nietos.

La reunión comenzó con una inspección de la moneda que duró veinte minutos y que involucró guantes de algodón blanco, dos lupas de distinto aumento, una lámpara de luz ultravioleta cuyo propósito exacto Géraud no terminó de entender, y un silencio tan prolongado que tuvo tiempo de examinar los estantes de la biblioteca, leer el título de un tomo que decía Monedas de ensayo mexicanas del siglo XIX y comprender, con una incomodidad creciente, que ese libro probablemente describía con detalle lo que él tenía en el bolsillo.

—Es una pieza extraordinaria —dijo finalmente Obermeyer, en un francés con acento alemán que tenía la cadencia de quien aprendió el idioma de los libros—. Si es auténtica, y yo creo que lo es, representa un eslabón técnico en la historia de la acuñación republicana mexicana que muy pocos museos del mundo poseen.

—Me alegra que lo vea así —dijo Géraud, con la esperanza que precede invariablemente a la decepción.

—La tensión entre los cuños no es un error sino una decisión de diseño —continuó Obermeyer, que había entrado en el modo del conferenciante y no parecía dispuesto a salir de él fácilmente—. El anverso de 1866 y el reverso de 1869 coexistiendo en el mismo cospel reflejan un debate interno de la Casa de la Moneda en un período de particular inestabilidad política. Juárez acababa de recuperar el poder, el Imperio había colapsado, y la república necesitaba restablecer su imagen en el numerario. Fascinante, verdaderamente fascinante.

—¿Estaría interesado en adquirirla? —preguntó Géraud, aprovechando una pausa.

Obermeyer lo miró con una expresión que combinaba la compasión genuina con la firmeza de quien ya había tomado su decisión antes de que se le preguntara.

—Joven —dijo, y el hecho de llamar joven a un hombre de cuarenta y cuatro años era en sí mismo un comentario sobre la perspectiva que da la edad—, voy a darle un consejo que no me ha pedido.

—Adelante —dijo Géraud, porque en ese punto ya no le quedaban energías para resistirse a los consejos no solicitados.

—Devuelva la pieza. No a Sotheby's, que ya tiene sus propios abogados. Al INAH, al Museo Nacional de Historia de México, a quien corresponda según la legislación de procedencia. Hágalo voluntariamente, hágalo pronto, y es posible que las consecuencias sean manejables. Espere demasiado —Obermeyer hizo una pausa con el timing de quien ha dado suficientes conferencias como para saber cuándo hacer pausas— y dejarán de serlo.

—¿Y si la devuelvo anónimamente? —preguntó Géraud—. Sin identificarme. Solo... devolverla.

Obermeyer lo consideró con una seriedad inesperada.

—Es una pregunta interesante. Legalmente, la devolución anónima no lo exime de responsabilidad si la investigación ya lo identificó como sospechoso. Pero desde el punto de vista práctico, si la pieza aparece en buen estado y sin intermediarios, las instituciones tienden a priorizar la recuperación sobre la persecución. Sobre todo cuando el infractor no tiene antecedentes.

—¿Lo dice por experiencia? —preguntó Géraud.

—Lo digo por haber leído suficiente jurisprudencia en materia de restitución de patrimonio cultural —dijo Obermeyer—. Es una de mis aficiones menores.

Le extendió una tarjeta de visita.

—Un abogado especializado en derecho cultural internacional. Es discreto, es bueno y, si le sirve de algo, también es caro.

—¿Lo ha necesitado usted alguna vez? —preguntó Géraud, mirando la tarjeta. Obermeyer sonrió por primera vez en toda la conversación.

—Esa es una pregunta que un caballero no responde —dijo.

Géraud salió de la casa alsaciana con la moneda, la tarjeta y tres gatos siguiéndolo hasta la verja con la curiosidad impasible que tienen los gatos ante los problemas ajenos.

El tercer intento fue el más torpe y, como suele ocurrir con los intentos más torpes, el más costoso en términos de consecuencias.

Sentado en el café del decimocuarto donde había pasado varios de sus peores ratos desde el robo, y después de dos vasos de vino que no habían mejorado su juicio pero sí su disposición a actuar, Géraud abrió un foro de numismática en su teléfono y publicó, bajo el seudónimo de Petrarch_1304, una descripción de la pieza formulada como consulta técnica. Quería sondear el mercado sin comprometerse.

El problema era que la descripción era tan precisa que cualquier especialista podía identificar la pieza de inmediato, lo cual era exactamente lo contrario de lo que requería la discreción.

Las respuestas llegaron rápido. Un coleccionista de Utrecht le preguntó por el peso exacto. Un académico de Leiden le ofreció asesoría gratuita de autenticación. Un tercero quiso saber si tenía fotografías del canto. Y entonces apareció la respuesta que no esperaba, de un usuario sin nombre, sin historial en el foro, que escribió una sola línea:

"Si lo que describe es lo que creo que es, le recomiendo que consulte a un abogado antes de continuar esta conversación."

Géraud miró esa línea durante treinta segundos. Luego borró la publicación, cerró la aplicación y pidió un tercer vaso de vino que el camarero le trajo con

la expresión neutra de quien ha aprendido que los clientes del fondo de la sala los martes por la noche generalmente no necesitan comentarios adicionales.

Lo que Géraud no sabía era que el sistema de monitoreo de la OCBC había capturado la publicación completa diecisiete minutos después de que apareciera, junto con los metadatos de conexión y la dirección aproximada del dispositivo. Para cuando él tocó el botón de eliminar, en la oficina de Martine Monteil ya había una alerta activa con una nota de seguimiento que decía, con la concisión que la caracterizaba: "Se mueve. Cometerá otro error."

Esa noche, mirando el techo de su apartamento con la moneda en la mesita de noche, Géraud tomó la única decisión que le quedaba disponible. Abrió el teléfono. Buscó vuelos. Encontró uno a Ciudad de México con escala en Madrid que salía al día siguiente a las siete de la mañana. Lo reservó antes de que la razón pudiera objetar nada.

La confirmación llegó al correo en menos de un minuto.

Géraud la leyó, apagó el teléfono y se quedó dormido con la serenidad provisional de quien ha tomado una decisión irreversible y todavía no ha llegado al momento de arrepentirse de ella.

Ese momento llegaría. Con puntualidad, además, como todo lo inconveniente. Pero no esa noche.

CAPÍTULO 4

El mapa equivocado

París, aeropuerto Charles de Gaulle, vuelo transatlántico, Ciudad de México

La decisión de ir a México fue tomada en tres fases que, vistas en retrospectiva, tenían la lógica interna de un hombre que ya no tiene nada que perder salvo la libertad, y que no ha calculado bien cuánto vale eso.

La primera fase fue el miedo. Géraud pasó las cuarenta y ocho horas posteriores al robo encerrado en su apartamento del decimocuarto Distrito, con la moneda sobre la mesa del comedor y la televisión encendida sin volumen, esperando que alguien tocara a su puerta. Nadie tocó. Lo cual era, en cierto modo, más inquietante que si hubieran tocado, porque significaba que lo que venía no sería inmediato sino metódico.

La segunda fase fue la investigación. Géraud era muchas cosas, la mayoría de ellas inconvenientes, pero no era completamente estúpido. Pasó una tarde y media leyendo todo lo que pudo encontrar sobre el peso Mulleto, la Casa de Moneda de México, el mercado de antigüedades numismáticas y los procedimientos habituales de Sotheby's ante un robo en sala. Lo que encontró en este último punto no lo tranquilizó. Lo que encontró en los tres primeros le dio una idea.

La tercera fase fue la guía de viaje. La encontró en una caja de libros que había sobrevivido a la liquidación del castillo por puro descuido administrativo. *México: todo lo que necesita saber*, edición 2009, con una

fotografía de Chichen Itzá en la portada que no tenía ninguna relación con lo que Géraud necesitaba saber pero que transmitía, en su paleta de naranjas y azules, una cierta promesa de distancia. En la sección sobre Oaxaca, el autor describía una ciudad donde, según sus propias palabras, "el tiempo parece detenerse entre iglesias barrocas y mercados que no han cambiado en siglos". Géraud leyó eso y pensó, con la creatividad del desesperado, que un lugar donde el tiempo se detiene era exactamente el tipo de lugar donde uno podía desaparecer el tiempo suficiente para encontrar un comprador discreto y volver a París con algo parecido a un plan.

Era un razonamiento defectuoso en varios niveles. Pero el traje azul marino ya estaba en la maleta.

El aeropuerto Charles de Gaulle tiene la cualidad peculiar de hacer que cualquier persona parezca culpable de algo. La arquitectura, los pasillos interminables, la iluminación que no es ni natural ni del todo artificial, la sensación de estar siendo observado por sistemas que no tienen cara: todo conspira para producir en el viajero una conciencia aguda de sí mismo que en condiciones normales sería simplemente incomodidad y en las condiciones específicas de Géraud era algo bastante más cercano al pánico controlado.

Facturó la maleta con la moneda escondida en el forro, envuelta en tres calcetines de lana que había llevado porque la guía de 2009 advertía sobre noches frías en la sierra oaxaqueña. El hecho de que Oaxaca ciudad no fuera la sierra oaxaqueña era un detalle que la guía mencionaba en la página siguiente y que Géraud no había llegado a leer.

El agente de mostrador examinó su pasaporte con la atención mecánica del oficio.

—¿Motivo del viaje?

—Turismo cultural —dijo Géraud.

—¿Primera visita a México?

—Sí.

—¿Cuánto tiempo piensa quedarse?

—Dos semanas —dijo Géraud, que no tenía la menor idea de cuánto tiempo iba a quedarse pero que dos semanas sonaba a turismo cultural y no a fuga.

El agente tecleó algo, miró la pantalla, volvió a mirar el pasaporte.

—¿Lleva objetos de valor declarables?

Hubo una pausa. No larga. Suficiente.

—Ropa y libros —dijo Géraud.

El agente le devolvió el pasaporte con el gesto de quien ha procesado a trescientas personas ese día y tiene capacidad para trescientas más.

—Buen viaje, monsieur.

Géraud recogió el pasaporte, agradeció con una inclinación de cabeza y caminó hacia la zona de embarque con el paso medido de alguien que no

tiene prisa, que va a donde siempre iba a ir, que no lleva nada que no debería llevar. Era una actuación razonablemente convincente. El corazón, que no había recibido el guión, llevaba su propio ritmo.

Hay algo que los libros de viaje no explican sobre los vuelos transatlánticos nocturnos, que es que son el peor momento posible para estar solo con los propios pensamientos. La oscuridad, el ruido blanco de los motores, la imposibilidad de moverse, la certeza de estar suspendido sobre un océano a diez mil metros de altura sin nada que hacer salvo pensar: todo eso produce en ciertas personas un estado de claridad involuntaria que en otras circunstancias llamaríamos lucidez y que en el caso de Géraud tenía el sabor específico de la honestidad tardía.

Tenía una moneda robada en la maleta facturada en la bodega del avión.

No tenía contacto en México. No tenía plan concreto. No tenía, si era completamente franco consigo mismo, ninguna experiencia previa en el mercado negro de antigüedades, salvo la experiencia de haber estado del lado equivocado de ese mercado en al menos dos ocasiones durante los años del castillo, cuando varios objetos de procedencia dudosa habían pasado por Ansouis de camino a colecciones privadas cuyos propietarios preferían no ser nombrados. Pero eso era diferente. En esos casos, él era el intermediario involuntario. Ahora era el origen del problema.

La azafata pasó con el carrito de bebidas.

—¿Algo para beber, monsieur?

—Whisky —dijo Géraud.

—¿Con hielo?

—Sin nada.

La azafata le entregó el vasito de plástico con la botellita y continuó por el pasillo. Géraud bebió despacio y abrió la guía de viaje en la sección de historia. Si iba a vender algo en México, lo mínimo era entender qué estaba vendiendo.

Lo que leyó durante las siguientes dos horas le resultó, contra todo pronóstico, genuinamente fascinante.

La Casa de Moneda de México había sido fundada en 1535 por cédula real de Carlos I de España, convirtiéndose en la primera de todo el continente americano, anterior incluso a cualquier institución similar en el territorio que hoy es Estados Unidos. Durante tres siglos había producido las monedas de plata que circulaban por medio mundo: el peso español de ocho reales, conocido en los mercados internacionales como "dólar español" o "pieza de a ocho", era la divisa de referencia del comercio global antes de que el dólar estadounidense ocupara ese lugar. Los galeones que cruzaban el Pacífico hacia Manila cargaban plata mexicana. Los mercaderes de la Compañía de las Indias Orientales pagaban en pesos acuñados en México. La plata del cerro de Zacatecas y de Guanajuato, procesada en la Casa de Moneda de la Ciudad de México, había financiado imperios y derrumbado otros.

El peso Mulleto, en ese contexto, no era solo una rareza numismática. Era un documento. Un artefacto del momento exacto en que México, recién independizado y en proceso de construir su propia identidad institucional, debatía cómo representarse a sí mismo en el metal que todo el mundo usaba para comprar y vender. El conflicto entre los dos cuños —el de 1866 y el de 1869— era el conflicto entre dos visiones de lo que el país quería ser. El objeto que Géraud llevaba en la maleta, envuelto en calcetines de lana para noches frías de sierra que no iba a visitar, era una pregunta sin respuesta fundida en plata.

Géraud cerró la guía y miró por la ventanilla, que no mostraba nada salvo oscuridad y el reflejo de su propia cara.

Pensó que ojalá hubiera leído esto antes de robar la cosa.

El aeropuerto internacional de la Ciudad de México tiene un nombre oficial que cambia con cierta frecuencia según las prioridades políticas del momento, pero su carácter esencial es inmutable: es un lugar donde ocurren simultáneamente demasiadas cosas para que cualquier sistema de control pueda procesarlas todas con igual atención. Esto, en circunstancias normales, es simplemente el caos funcional de uno de los aeropuertos más transitados del continente. En las circunstancias de Géraud, era algo que se parecía peligrosamente a una oportunidad.

La fila de migración avanzaba con la lentitud característica de los procesos que dependen de formularios llenados a mano. Géraud esperó su turno con la maleta de mano en el suelo y la moneda —que había recuperado de la bodega facturada antes de llegar a migración, en un movimiento que le había costado quince minutos y una discusión con un empleado de la aerolínea— de vuelta en el bolsillo interior del saco.

El agente de migración era un hombre de unos cuarenta años con el uniforme planchado y una expresión que no era hostil ni amistosa sino simplemente profesional, lo cual en los agentes de migración es más difícil de leer que cualquier emoción reconocible.

—Pasaporte.

Géraud lo entregó.

—¿Motivo de su visita?

—Turismo.

—¿Dónde se va a hospedar?

—En Oaxaca. —Géraud había memorizado el nombre de un hotel del centro histórico que había encontrado en la guía. Lo mencionó.

El agente lo tecleó sin mirarlo.

—¿Cuánto tiempo?

—Dos semanas.

—¿Trae dinero en efectivo superior a diez mil dólares?

—No.

—¿Trae objetos para vender o comerciar?

Aquí estaba. La pregunta. Géraud la había anticipado durante todo el vuelo y había preparado tres respuestas distintas según el tono en que se formulara. El tono era neutro. Usó la respuesta número dos.

—Solo efectos personales.

El agente lo miró. No con sospecha, exactamente. Con la atención evaluadora de alguien que hace esa pregunta trescientas veces al día y ha desarrollado un sentido calibrado para las respuestas que no son del todo falsas pero tampoco son del todo ciertas. Géraud sostuvo la mirada con la serenidad del inocente, que era la misma serenidad del culpable que ha ensayado suficiente.

Hubo tres segundos.

—¿Viene solo?

—Sí.

—¿Conoce a alguien en México?

—No.

El agente volvió al pasaporte, estampó el sello, lo devolvió.

—Bienvenido a México. Que disfrute su visita.

Géraud recogió el pasaporte y avanzó hacia la banda de equipajes con el paso de quien ha cruzado sin problema, que era exactamente lo que había hecho, aunque por razones que tenían menos que ver con su actuación y más con el principio que el narrador había observado en el aeropuerto de París: hay un nivel de torpeza tan auténtica, tan desprovista de la arquitectura profesional de quien realmente tiene algo que esconder, que los sistemas de seguridad simplemente no están calibrados para detectarla. Los protocolos están diseñados para el contrabandista experimentado, para la mula entrenada, para el falsificador metódico. No para el conde arruinado con calcetines de lana y una guía turística de 2009.

Géraud recogió la maleta, pasó la aduana sin que nadie le pidiera abrirla, y salió a la terminal de llegadas internacional.

México lo recibió con el ruido específico de un lugar donde mucha gente tiene cosas urgentes que hacer y ninguna de ellas tiene relación con los problemas de nadie más.

Encontró la sala de vuelos domésticos siguiendo letreros que señalaban en tres direcciones distintas con una confianza que no justificaba la geometría del edificio. Compró un boleto al mostrador de una aerolínea regional con el efectivo que había sacado en París, porque había decidido que las tarjetas dejaban rastro y el efectivo no, lo cual era aproximadamente correcto y completamente insuficiente como estrategia de invisibilidad, pero era lo que tenía.

El vuelo a Oaxaca salía en cuarenta minutos. Géraud encontró un asiento en la sala de espera, dejó la maleta entre sus pies y cerró los ojos.

Llevaba treinta y dos horas sin dormir. La moneda estaba en el bolsillo interior del saco. Sotheby's estaba a nueve mil kilómetros. Philippe Mauboussin, con su traje mejor que el suyo y sus ofrecimientos de respaldo decorativo, estaba a nueve mil kilómetros. El notario con la pluma elegante y los acreedores con su vocabulario de reestructuración patrimonial estaban a nueve mil kilómetros.

Oaxaca, donde según una guía publicada el año en que todavía tenía un castillo el tiempo parecía detenerse, estaba a cuarenta minutos.

Géraud pensó, con la claridad específica del agotamiento extremo, que quizás lo estaba haciendo todo mal.

Luego pensó que esa reflexión podía esperar a que hubiera dormido.

Luego dejó de pensar.

En el bolsillo interior del saco, entre el esternón y la tela del forro, la moneda descansaba con la ecuanimidad de quien ha sobrevivido a cosas peores que un conde sin castillo.

Llevaba ciento sesenta años haciéndolo.

Podía esperar un poco más.

CAPÍTULO 5

Oaxaca no es lo que Géraud esperaba

Oaxaca de Juárez, primeros días

Oaxaca recibió a Géraud con treinta y un grados, una bocina de camioneta que sonó exactamente debajo de su ventana a las seis de la mañana del primer día, y la certeza inmediata de que su español de liceo, oxidado por veintidós años de desuso, no iba a alcanzar para lo que necesitaba hacer.

El hotel estaba en el centro histórico, a media cuadra del zócalo, en un edificio del siglo XVIII que había sido convento, luego cuartel, luego casa de huéspedes, y que ahora era un hotel de precio moderado con pretensiones de encanto colonial y una ducha cuyo calentador funcionaba en intervalos que el recepcionista describió como "a veces". Géraud lo aceptó sin discutir porque había aprendido en las últimas semanas que discutir cosas que no tienen solución es un lujo que no puede permitirse.

Lo primero que hizo, antes de desempacar, antes de comer, antes incluso de buscar el calentador que funcionaba a veces, fue colocar la moneda en el fondo del cajón de la mesita de noche, debajo del libro de la Gideon Bible que encontró allí y que, dado el rumbo que había tomado su vida, consideró un comentario irónico del universo. Luego se sentó en la cama y abrió la guía de viaje en la sección de Oaxaca.

La guía describía una ciudad de poco más de trescientos mil habitantes, capital del estado del mismo nombre, enclavada en un valle a mil quinientos metros de altitud, rodeada de sierras y con una historia que se remontaba a los zapotecas y los mixtecos, mucho antes de que llegaran los españoles a añadir su propia capa de piedra y evangelización. Describía también los mercados, los templos, el mezcal, el mole negro, las artesanías de barro negro de San Bartolo Coyotepec, el tejido de Teotitlán del Valle. Era, según el autor de la guía, "una ciudad que seduce sin esfuerzo aparente, como si hubiera decidido hace tiempo que no necesita convencer a nadie".

Géraud leyó eso y pensó que una ciudad con ese carácter era exactamente el tipo de lugar donde era más difícil hacer negocios rápidos y discretos. Las ciudades que seducen sin esfuerzo tienen la costumbre de distraer a la gente de lo que venían a hacer.

Tenía razón, aunque todavía no lo sabía del todo.

La búsqueda comenzó esa misma tarde con una estrategia que Géraud había formulado en el avión y que tenía la virtud de la sencillez y el defecto de la ingenuidad: buscar anticuarios, mostrar la moneda, encontrar a alguien dispuesto a pagar bien y a no hacer preguntas. Era el tipo de plan que funciona en las películas porque las películas comprimen el tiempo y omiten las partes donde el protagonista no sabe cómo decir "moneda antigua" en español y pregunta en tres tiendas de artesanías antes de que alguien le explique que lo que busca está en otro lado.

El primer mercado al que llegó vendía textiles, cerámica, figuras de madera pintada con colores que Géraud, en otras circunstancias, habría encontrado extraordinarios. La señora del puesto lo miró con la amabilidad experta de quien sabe distinguir entre el turista que va a comprar y el turista que va a mirar y eventualmente comprará en otro lado.

—¿Antigüedades? —dijo Géraud, con el acento que hacía que la palabra sonara aproximadamente como "antee-güedaddes".

—Mercado Juárez —dijo la señora, señalando con la barbilla en una dirección que podía ser el norte o el oeste, dependiendo de cómo estuviera parado uno. Luego añadió algo en zapoteco que Géraud no entendió pero que el tono sugería que era un comentario perfectamente neutral.

El mercado Juárez estaba, efectivamente, en esa dirección, aunque el camino para llegar pasaba por el mercado 20 de Noviembre, donde el olor a carne asada y a chocolate en polvo hizo que Géraud se detuviera veinte minutos a comer algo que la señora del puesto llamó "memela" y que él no supo describir después con más precisión que "masa con cosas encima, muy buena". Era la primera comida real en treinta y seis horas y tuvo el efecto de recordarle que el cuerpo humano, independientemente de las complicaciones legales en que se haya metido, sigue teniendo sus propias exigencias.

En el mercado Juárez encontró, en el tercer pasillo desde la entrada, un local que vendía objetos que la señora del puesto llamaba "antigüedades y curiosidades" y que eran, a primera vista, una mezcla de monedas antiguas,

medallas militares, santos de bulto con la pintura descascarada, relojes que no funcionaban y una cantidad inexplicable de cucharas de plata. Era exactamente el tipo de lugar que Géraud buscaba.

El anticuario era un hombre de unos sesenta años, delgado, con lentes de armazón metálica y el pelo blanco peinado con una precisión que contrastaba con el desorden calculado de su local. Lo miró entrar con la atención de quien clasifica a los visitantes en categorías antes de que abran la boca.

—Buenas tardes —dijo Géraud, en español.

—Buenas —dijo el hombre.

—Tengo una pieza. Una moneda. Quisiera saber si le interesa.

El anticuario no dijo nada. Extendió la mano con la palma hacia arriba, el gesto universal del valuator.

Géraud sacó la moneda y la depositó sobre la palma extendida.

Lo que ocurrió a continuación fue instructivo. El hombre la sostuvo por el borde, como hacen los que saben, sin tocar las caras. La inclinó hacia la luz de la bombilla que colgaba del techo. Examinó el anverso durante varios segundos, luego el reverso durante varios más. Su expresión no cambió, lo cual era en sí mismo una expresión.

—¿De dónde la tiene? —dijo, sin levantar los ojos.

—Es de familia —dijo Géraud, que había preparado esa respuesta.

El anticuario la miró un momento más. Luego se la devolvió con un movimiento lento, casi cuidadoso, como si la pieza mereciera más delicadeza de la que el contexto de la transacción justificaba.

—No es para mí —dijo.

—¿No le interesa? —dijo Géraud. —¿O no puede?

El hombre lo miró por encima de los lentes con una expresión que contenía varias cosas a la vez: reconocimiento de la pregunta, decisión de no responderla, y algo más difícil de nombrar que se parecía a una advertencia formulada en silencio.

—No es para mí —repitió, con el tono de quien ha dicho exactamente lo que quería decir y no piensa agregar nada.

Géraud guardó la moneda, agradeció con un gesto y salió del local. Afuera, en el pasillo del mercado, se detuvo un momento. El anticuario sabía lo que era. Eso era evidente. Y había decidido no saber nada de nada, lo cual significaba dos cosas: que la moneda era exactamente tan problemática como Géraud sospechaba, y que en Oaxaca, o al menos en ese rincón de Oaxaca, las cosas tenían maneras de saberse que no dependían de los periódicos ni de los canales oficiales.

Eso era útil de saber. No era útil para lo que necesitaba hacer, pero era útil de saber.

Esa noche, sentado en una mesa del zócalo con un mezcal que le habían recomendado en el hotel con la seriedad que se reserva para las recomendaciones importantes, Géraud observó la ciudad moverse a su alrededor con la lentitud de un lugar que tiene todo el tiempo del mundo. Familias, turistas, vendedores ambulantes, músicos que tocaban en la esquina norte con una competencia serena. Las fachadas de los edificios coloniales cambiaban de color con la luz del atardecer, del amarillo al naranja al rosa, como si la ciudad estuviera haciendo algo deliberado con la hora.

La guía tenía razón. Oaxaca seducía sin esfuerzo aparente.

El problema de los lugares que seducen sin esfuerzo, descubrió Géraud en los días siguientes, es que uno empieza a posponerlo todo. El segundo día visitó el Museo de las Culturas de Oaxaca, no porque tuviera razones profesionales para hacerlo sino porque estaba en el mismo edificio que Santo Domingo y la fachada era imposible de ignorar. El tercero probó el mole negro con tasajo en un restaurante que le señalaron en el mercado y pasó cuarenta minutos intentando entender cómo algo podía tener ese sabor. El cuarto encontró, casi por accidente, una mezcalería en una calle lateral del centro donde el dueño le explicó, con la paciencia del que ha explicado esto mil veces y no le aburre, la diferencia entre el mezcal de espadín y el de tobalá, y por qué el agave tarda entre ocho y treinta años en madurar, y qué significa eso para el hombre que lo planta y no va a vivir para ver la cosecha.

—Es un acto de fe —dijo el mezcadero, un hombre joven con las manos de alguien que trabaja con cosas físicas y la elocuencia de alguien que ha pensado mucho en lo que hace. —Mi abuelo plantó los agaves de este mezcal. Yo los cosecho. Mi hijo va a plantar los suyos.

Géraud lo escuchó y pensó en el castillo de Ansouis, en once generaciones de Sabran-Pontevès que habían cuidado esas piedras para que él, el noveno conde, las perdiera en un proceso de reestructuración patrimonial. Pensó que la diferencia entre el mezcadero y él era que el mezcadero había honrado lo que recibió.

No era el momento para esa reflexión. La pospuso.

La búsqueda de un comprador continuó con resultados igualmente desalentadores. Tres tiendas más, dos negativas educadas y una persona que pidió quedarse con la moneda "para consultarla con un experto" y a la que Géraud dijo que no con una firmeza que lo sorprendió a él mismo. La ciudad era hermosa, la comida era extraordinaria, y nadie quería tocar la moneda.

Fue durante el quinto día cuando Géraud comenzó a sospechar lo que el narrador ya sabe y el lector probablemente también: que Oaxaca no era el lugar equivocado. Que el problema no era la ciudad. Que la moneda, con sus ciento sesenta años de existencia disputada y su composición de dos cuños que no fueron diseñados para convivir, tenía una historia demasiado específica para venderse en silencio en ningún lugar del mundo, y menos en el lugar donde esa historia había comenzado.

Aquí conviene detenerse un momento en lo que esa historia significaba, porque Géraud la había leído en el avión con la atención del interesado y conviene que el lector la tenga completa.

La Ley Federal sobre Monumentos y Zonas Arqueológicas, Artísticas e Históricas de México, promulgada en 1972, establece con una claridad que no deja mucho margen a la interpretación que los monumentos históricos muebles —entre los que se cuentan las monedas, medallas y cualquier objeto producido por instituciones del Estado mexicano antes de 1900— son propiedad de la nación. No del Estado en abstracto, no del gobierno en turno, sino de la nación, que es una categoría jurídica con consecuencias prácticas muy concretas: nadie puede venderlos, comprarlos, exportarlos ni tenerlos sin la autorización del Instituto Nacional de Antropología e Historia, que es el organismo encargado de custodiar ese patrimonio y que tiene, entre sus atribuciones, la de recuperarlo donde quiera que se encuentre.

El peso Mulleto del lote 47 de Sotheby's París era, en esos términos, propiedad de la nación mexicana independientemente de cuántas veces hubiera cambiado de manos en los últimos ciento sesenta años. El hecho de que hubiera llegado a una subasta en París era ya de por sí un problema legal de considerable envergadura. El hecho de que Géraud lo hubiera sacado de esa subasta en el bolsillo interior de su saco azul marino añadía capas al problema que él no había calculado en el momento del impulso y que ahora, sentado frente a su mezcal en el zócalo de Oaxaca, empezaba a calcular con la concentración tardía del que suma la cuenta después de haber ordenado.

Eso explicaba al anticuario del mercado Juárez. Eso explicaba las negativas educadas de las tres tiendas siguientes. Eso explicaba la persona que había querido quedarse con la moneda "para consultarla con un experto" y que probablemente no tenía intención de consultar nada sino de hacer una llamada a alguien cuyo número Géraud prefería no conocer. El mercado informal de antigüedades en México no era, resultaba evidente, tan informal como para ignorar qué era lo que se le estaba ofreciendo.

Géraud terminó el mezcal y pidió otro.

El mesero, un joven de unos veinte años que llevaba el mandil con el aplomo de quien sabe que ese trabajo es temporal pero lo hace bien mientras dure, se lo trajo en menos de dos minutos.

—¿Es su primera vez en Oaxaca? —preguntó, con la curiosidad abierta que no tiene nada de protocolo hotelero.

—Sí —dijo Géraud.

—¿Y qué le parece?

Géraud miró el zócalo, las familias, las fachadas que seguían cambiando de color aunque ya era de noche y el cambio era ahora de naranja a dorado bajo las luces artificiales, el quiosco en el centro, los globos de un vendedor ambulante que flotaban sobre la multitud como puntos de colores que alguien hubiera olvidado recoger.

—Hermosa —dijo. Y lo decía en serio, que era lo desconcertante.

—Sí —dijo el mesero, con la satisfacción sencilla del que escucha confirmar algo que ya sabe. —Siempre lo es.

Se fue a atender otra mesa. Géraud se quedó con el mezcal y la moneda en el bolsillo y Oaxaca moviéndose a su alrededor con esa indiferencia afectuosa que tienen los lugares que no necesitan demostrar nada.

Lo que no sospechaba todavía era que a tres kilómetros de donde estaba sentado, en un barrio que se llamaba Jalatlaco y que la guía describía como "uno de los más tranquilos y mejor conservados de la ciudad", había un hombre llamado Evodio Tordillo que iba a resolver el problema de una manera que a Géraud no se le habría ocurrido ni en su mejor momento.

Pero eso vendría después.

Por ahora, Oaxaca seguía siendo hermosa y el mezcal seguía siendo bueno y la moneda seguía siendo un problema, y las tres cosas coexistían en la mesa del zócalo con la indiferencia perfecta de las cosas que no saben que están relacionadas.

El narrador las observaba a todas con la paciencia de quien sabe cómo termina la historia y puede permitirse disfrutar el camino.

CAPÍTULO 6

La alcancía

Oaxaca, Templo de Santo Domingo de Guzmán

Hay edificios que tienen la cualidad de hacer que uno se detenga sin haberlo planeado. El Templo de Santo Domingo de Guzmán en Oaxaca es uno de ellos, y no precisamente porque invite a la contemplación tranquila sino porque su fachada es tan deliberadamente excesiva, tan cargada de detalle y de intención, que el ojo no sabe por dónde empezar y decide, por pura economía, quedarse quieto un momento.

Géraud se detuvo frente a ella el sexto día de su estancia, a las once y cuarto de la mañana, sin ninguna intención espiritual ni turística ni, si era completamente honesto, de ningún otro tipo que no fuera matar el tiempo de quien no sabe cómo avanzar y ha decidido que moverse es mejor que quedarse quieto. Los seis días anteriores habían producido una colección de negativas, dos mezcales de calidad variable, una indigestión que atribuyó a los chapulines con el que el mesero del tercer restaurante lo había convencido de experimentar, y la certeza creciente de que su plan original tenía la solidez arquitectónica de la guía de viaje que lo había inspirado. Se detuvo porque creyó ver a Martine.

O alguien que se parecía a Martine. Una mujer de su estatura, con el mismo paso directo que Géraud había aprendido a reconocer en los dos días que duró la investigación en París antes de que él decidiera que México era una buena idea. La mujer doblaba la esquina en la calle Macedonio Alcalá y

desaparecía en dirección al mercado. Géraud la siguió con la vista hasta que se perdió entre la gente, y luego miró a su alrededor con el instinto del que acaba de darse cuenta de que lleva demasiado tiempo en el mismo lugar.

La puerta del templo estaba abierta.

Entró.

Conviene detenerse aquí, igual que Géraud se detuvo, porque Santo Domingo merece una presentación que su fachada ya anuncia pero que el interior confirma con una contundencia que no admite indiferencia.

La construcción comenzó en 1570, encargada por la orden de los predicadores —los dominicos— que habían llegado a Oaxaca cuarenta años antes con el doble propósito de evangelizar y de dejar constancia arquitectónica de que estaban allí para quedarse. Lo que construyeron en los siguientes ciento cincuenta años fue una de las expresiones más complejas del barroco novohispano en toda la América española: una nave central de cincuenta metros de largo cubierta por bóvedas que los artesanos indígenas y los maestros españoles llenaron de figuras en relieve, de ángeles y santos y escenas bíblicas y ornamentos vegetales entretejidos con una densidad que no es caos sino sistema, un sistema cuya lógica tarda en hacerse visible pero que una vez vista no puede dejar de verse.

El convento anexo, que durante trescientos años fue el corazón intelectual de la orden dominica en el sur de México, fue saqueado, incendiado, convertido en cuartel durante las guerras del siglo XIX, y entregado finalmente, en un acto de reparación histórica que llegó con siglo y medio de retraso, al gobierno del estado de Oaxaca, que lo convirtió en el Centro Cultural Santo Domingo. Hoy alberga el Museo de las Culturas de Oaxaca, la Biblioteca Francisco de Burgoa con sus cincuenta mil volúmenes coloniales, y el Jardín Etnobotánico donde crecen especies vegetales de todas las regiones del estado con la serenidad de los que saben que llevan aquí mucho más tiempo que cualquier institución que los custodie.

Todo esto Géraud no lo sabía en ese momento. Lo que sabía era que había entrado para no estar en la calle, y que el interior del templo hacía algo con el ruido del mundo exterior que no era simplemente amortiguarlo sino reemplazarlo por otro tipo de silencio, más denso, con más capas.

Caminó por la nave central con los ojos en el techo, como hacen todos los que entran por primera vez, y tropezó dos veces con los escalones del piso desigual, y ninguna de las dos veces le importó demasiado porque el techo seguía siendo el techo y el techo seguía siendo extraordinario.

Una anciana que rezaba en el banco más cercano lo miró cuando tropezó por segunda vez. No con desaprobación, exactamente, sino con la paciencia de quien ha visto eso mismo suficientes veces.

—El piso —dijo la anciana, señalándolo con la cabeza, como si Géraud necesitara que le explicaran la existencia del piso.

—Sí —dijo Géraud, que no tenía una respuesta mejor.

—Siempre pasa —dijo ella, y volvió a su rosario con la ecuanimidad de quien ha resuelto el tema.

Géraud continuó hacia el fondo, más atento al piso que al techo, lo cual era una pérdida pero también una concesión razonable a la geometría del lugar. No había entrado a una iglesia con intención devocional desde el funeral de su madre, doce años atrás. Pero había pasado suficiente tiempo rodeado de arte y de objetos con historia para reconocer cuándo algo estaba hecho con una convicción que trasciende el encargo. Eso estaba hecho así. Quienquiera que hubiera diseñado esas bóvedas y quienquiera que las hubiera ejecutado en yeso y piedra y pigmento habían puesto en ellas algo que no se nombra fácilmente pero que se reconoce sin necesidad de nombre.

Se sentó en uno de los bancos del lado derecho y dejó que el silencio hiciera lo que el silencio hace en los lugares que llevan cuatrocientos años acumulándolo.

Pensó en el castillo de Ansouis. No con nostalgia, que ya se había gastado entera en los primeros meses después de perderlo, sino con la frialdad analítica de quien examina un error para entenderlo. El castillo había sido su identidad antes que su propiedad, y eso era exactamente el problema: cuando confundes lo que eres con lo que tienes, el día que pierdes lo que tienes te quedas sin saber quién eres. Once generaciones de Sabran-Pontevès habían cuidado esas piedras con la convicción de que las piedras los definían. La doceava generación las había perdido buscando en el mercado de antigüedades lo que no encontraba en ningún otro lado.

La ironía, pensó Géraud mirando las bóvedas de yeso que los artesanos del siglo XVII habían llenado de figuras con una paciencia que él nunca había tenido para nada, era que estaba sentado en uno de los edificios mejor conservados de México, un lugar que había sobrevivido tres siglos de guerras, saqueos y negligencia institucional, precisamente porque la gente que lo cuidaba entendía que no le pertenecía. Pertenecía a algo más grande que cualquier individuo o institución que lo ocupara en un momento dado.

La moneda, en cierto modo, era lo mismo.

No había llegado a esa conclusión de forma ordenada ni elegante. Había llegado como llegan las conclusiones que uno no quería sacar: por acumulación de evidencia que ya no se puede ignorar.

Fue entonces cuando vio a la mujer de nuevo.

Estaba en la puerta lateral, mirando hacia adentro. Llevaba una carpeta bajo el brazo y ropa que no era de turista. La misma estatura, el mismo paso, ahora quieto pero con la misma calidad de atención que Géraud había aprendido a reconocer: la atención de alguien que está buscando algo específico y tiene método para buscarlo.

Era Martine.

O era alguien que se parecía a Martine con una precisión que el universo no debería permitirse como coincidencia.

Géraud no esperó a resolverlo. Se levantó del banco con el movimiento del que tiene prisa pero no quiere que se note que tiene prisa, que es el movimiento más reconocible del mundo para cualquiera que sepa mirarlo, y caminó hacia el fondo de la nave buscando una salida alternativa que no pasara por la puerta lateral.

La moneda estaba en el bolsillo interior del saco. Llevaba seis días llevándola ahí, seis días sintiéndola contra el esternón como un recordatorio que no necesitaba recordatorio. Seis días en que había entendido, de forma progresiva y acumulativa, que cargar con ese objeto era una forma de cargarse a sí mismo, que cada día que lo tenía era un día más de un problema que no se hacía más pequeño con el tiempo sino más complicado.

Caminó hacia el altar mayor, giró a la derecha, encontró una capilla lateral con una imagen de la Virgen y velas encendidas y, junto a la puerta de esa capilla, lo que buscaba sin saber que lo buscaba: una alcancía de madera oscura, sujeta a la pared con herrajes de hierro, con una ranura en la parte superior y una pequeña imagen religiosa pintada en la tapa.

La alcancía, como institución, tiene una historia que va mucho más allá de lo que su aspecto modesto sugiere. Desde el siglo XVI, las iglesias novohispanas recurrieron a ellas como mecanismo de financiamiento para las obras de caridad, la manutención del clero y la restauración de los propios templos. El dinero depositado en ellas no era un impuesto ni una obligación sino un acto voluntario cuya lógica era sencilla: uno daba lo que podía, cuando podía, por las razones que tuviera, y el templo administraba ese recurso con los fines que correspondieran. Era, en su forma más básica, un sistema de confianza mutua entre el creyente y la institución, mediado por una caja de madera con una ranura.

Géraud no pensó en nada de esto. No pensó en la historia ni en la institución ni en la confianza mutua. Pensó en sobrevivir la semana.

Sacó la moneda del bolsillo interior del saco.

La sostuvo un momento. Pesaba lo mismo que siempre, que era más de lo que su tamaño justificaba. El anverso con su cuño de 1866, el reverso con su cuño de 1869, los tres años de diferencia fundidos en el mismo cospel de plata, la pregunta sin respuesta que alguien había decidido dejar en metal hace ciento sesenta años.

La introdujo en la ranura de la alcancía.

El sonido que hizo al caer fue breve y seco, el sonido específico de algo que ha llegado a donde va a quedarse por el momento.

Géraud se quedó un segundo con la mano sobre la alcancía, sin saber del todo qué había hecho ni por qué lo había hecho así, en ese lugar, en ese momento. No había cálculo detrás. No había devoción. Había el gesto de alguien que en un segundo comprende que cargar con algo ya no es posible y que el lugar donde está parado, con todo lo que tiene encima de historia y de

peso y de convicción ajena, se parece más a una solución que cualquier otra cosa que haya encontrado en seis días de buscar.

Retiró la mano. Se persignó, no por fe sino por reflejo cultural y porque era lo que correspondía hacer en ese lugar en ese momento. Un niño de unos ocho años que encendía una vela en el candelero de la capilla lo observó con la franqueza de la infancia.

—¿Es usted extranjero? —preguntó el niño, en español, sin ningún preámbulo.

—Sí —dijo Géraud.

—¿De dónde?

—De Francia.

El niño consideró esto un momento con la seriedad de quien procesa información relevante.

—¿Y vino a rezar?

—Vine a visitar —dijo Géraud.

—Mi abuela dice que es lo mismo —dijo el niño, y volvió a su vela con la indiferencia de quien ha cerrado el tema satisfactoriamente.

Géraud lo miró un segundo y pensó que la abuela del niño probablemente tenía razón, aunque no de la manera en que ella lo entendía. Luego se dio la vuelta y caminó hacia la salida principal con el paso de alguien que acaba de terminar algo y no sabe todavía qué empieza.

En la puerta lateral ya no había nadie.

Afuera, en la calle Macedonio Alcalá, el sol de Oaxaca caía con la indiferencia de los trópicos sobre turistas, vendedores, estudiantes y al menos una mujer con una carpeta bajo el brazo que doblaba la siguiente esquina sin saber que lo que venía a buscar ya no estaba donde lo estaba buscando.

Géraud y Martine desaparecieron por calles distintas con la precisión involuntaria de dos personas que están en la misma historia pero todavía no lo saben.

En la capilla lateral del Templo de Santo Domingo, entre monedas de cinco pesos y billetes doblados con la reverencia modesta del donativo cotidiano, una pieza que había recorrido siglos y dos continentes descansaba en la oscuridad de una caja de madera con la paciencia que solo tienen los objetos que han aprendido, por experiencia acumulada, que alguien siempre termina por encontrarlos.

No tenía prisa.

Nunca la había tenido.

CAPÍTULO 7

Evodio Tordillo y el arte de la economía doméstica

Oaxaca, sacristía, mercado y vecindario de Jalatlaco

El narrador tiene el deber, que asume con gusto, de presentar a Evodio Tordillo con la atención que merece. No porque sea el personaje más dramático de esta historia —no lo es— sino porque es el más interesante, que no es lo mismo, y porque su aparición en ella tiene la discreta inevitabilidad de las cosas que estaban destinadas a ocurrir aunque nadie las hubiera planeado.

Evodio Tordillo, cincuenta y seis años, sacristán del Templo de Santo Domingo de Guzmán desde los treinta y dos, llegó a ese oficio por el camino que llegan a sus oficios los hombres que terminan siendo buenos en lo que hacen sin haberlo buscado con especial determinación: una combinación de circunstancia, temperamento y la ausencia de mejor opción en el momento preciso. El padre Cisneros, que era el párroco cuando Evodio tenía treinta y un años y trabajaba como ayudante en una ferretería del mercado, le ofreció el puesto una tarde de martes con la misma naturalidad con que le habría ofrecido un cigarro.

—Necesito a alguien de confianza para la sacristía —dijo el padre Cisneros. —Alguien ordenado, puntual, que no haga preguntas innecesarias.

—Yo no soy muy religioso, padre —dijo Evodio, que consideraba que esa información era relevante.

—Yo tampoco pedí un teólogo —dijo el padre Cisneros. —Pedí a alguien ordenado y puntual.

Evodio lo pensó el tiempo que tardó en terminar el cigarro que sí le habían ofrecido, aceptó, y descubrió en los meses siguientes que el trabajo se adaptaba a su carácter con una precisión que la ferretería nunca había logrado. Le gustaba el orden de la sacristía, la rutina predecible de los oficios, la silenciosa complejidad logística de mantener un templo del siglo XVI en condiciones de funcionar en el siglo XXI. Le gustaba también, aunque esto no lo habría formulado en esos términos, la relación con el espacio: Santo Domingo no era un lugar que uno habitara sin que el lugar lo habitara a uno también, y Evodio, que tenía una sensibilidad práctica para las cosas que no se nombran fácilmente, había llegado a una especie de acuerdo tácito con las piedras que pocos de sus predecesores en el cargo habían alcanzado.

Remedios, su esposa desde los veintisiete años, lo describía a quien preguntara como "un hombre de pocas palabras y muchas opiniones", lo cual era exacto y no del todo halagador pero que Evodio aceptaba con la ecuanimidad de quien sabe que la precisión es más valiosa que el cumplido.

Sus dos hijos vivían en la Ciudad de México, uno en Iztapalapa y otro en Coyoacán, con sus respectivas familias. Llamaban los domingos con una regularidad que Evodio interpretaba como señal de que estaban bien y no necesitaban nada, que era exactamente la interpretación que Remedios le había enseñado a hacer en lugar de la interpretación alternativa, que era que llamaban por obligación y no por ganas, y que esa distinción, si uno se ponía a examinarla, producía más tristeza de la que valía.

Jalatlaco, el barrio donde Evodio vivía desde que se casó con Remedios, era uno de esos lugares que las ciudades guardan para sí mismas con la discreción de quien sabe que no todo lo valioso necesita ser anunciado. Calles empedradas, casas de colores que el tiempo había suavizado hasta volverlos exactamente los correctos, una fuente en la plaza chica que funcionaba o no funcionaba según criterios que nadie había logrado determinar con certeza, y una comunidad de vecinos que llevaba décadas conociendo los horarios, las costumbres y los estados de ánimo de todos los demás con la intimidad inevitable de los que comparten paredes y años. Evodio era parte de ese tejido desde hacía tanto que ya no era un vecino sino parte del paisaje, en el mejor sentido de esa expresión: era de los que estaban cuando uno llegaba y seguían estando cuando uno volvía, y eso, en un mundo donde todo cambia con una velocidad que no deja tiempo para reconocer lo que se pierde, tenía un valor que no figuraba en ningún inventario pero que todo el mundo sentía.

La filosofía que el narrador ha bautizado como "economía doméstica" —el término es del narrador, se insiste en esto, porque Evodio no la ha formulado así nunca y probablemente no lo haría— consiste en una serie de ajustes entre lo que Evodio recibe oficialmente y lo que considera que merece recibir dado lo que da. No es robo. El propio Evodio lo distinguiría con firmeza si alguien lo acusara de tal cosa. Es compensación. Una corrección de la aritmética institucional que, en su experiencia, tiende sistemáticamente a subestimar el valor del trabajo que no produce documentos ni estadísticas ni informes de gestión sino simplemente, día tras día, el funcionamiento silencioso de las cosas.

El sistema es sencillo y lleva veinticuatro años operando sin incidentes mayores. Los martes por la mañana, Evodio vacía las alcancías del templo. Cuenta el contenido, registra el total en el cuaderno que entrega al padre —que desde hace doce años ya no es el padre Cisneros sino el padre Villanueva, un hombre más joven y menos fumador pero igualmente pragmático en lo que al funcionamiento cotidiano se refiere—, y aparta, antes del registro, un porcentaje que ha ido calibrando con los años hasta encontrar el punto exacto donde la conciencia no protesta y la diferencia no es visible. No es un porcentaje fijo. Varía según el contenido de las alcancías y según las necesidades del momento, con la flexibilidad de un sistema que ha sido diseñado por su usuario para ser justo consigo mismo.

Ese martes, el martes que importa para esta historia, Evodio llegó a la sacristía a las ocho y cuarto de la mañana, como todos los martes, con el llavero en la mano y el termo de café que Remedios le preparaba sin que él se lo pidiera porque había aprendido en veintinueve años de matrimonio que Evodio sin café de las ocho era una versión de Evodio que no mejoraba el día de nadie.

Vació la primera alcancía, la de la entrada principal. Monedas de uno, de dos, de cinco pesos. Algunos billetes de veinte doblados con el pudor del donativo que quiere ser generoso pero no ostentoso. Un billete de cincuenta que

alguien había depositado con la fe del que pide algo importante. Contó, apartó, anotó.

La segunda alcancía, la de la capilla de la Virgen del Rosario, dio billetes pequeños y más monedas. Nada fuera de lo ordinario hasta que, al vaciar el contenido sobre la mesa de la sacristía, entre las monedas de curso legal apareció algo que no era de curso legal.

Evodio la recogió por el borde, como hacía con cualquier moneda que le parecía rara, y la examinó bajo la luz de la ventana.

Era de plata, eso era evidente por el peso y el color. Más grande que un peso moderno, más delgada también. El anverso mostraba un águila con las alas extendidas y una inscripción que Evodio leyó en voz baja, con la concentración del que no lee latín pero distingue las letras: *República Mexicana*. El reverso mostraba otra imagen distinta, un gorro sobre un gorro de otro tipo, o algo parecido, con otra inscripción que no terminó de descifrar porque la luz no daba bien en ese ángulo.

La volteó dos veces. La sostuvo de canto para ver el grosor. Le pasó el pulgar por el borde y notó que era liso, sin el cordoncillo dentado de las monedas modernas.

—Qué cosa más rara —dijo, en voz alta, aunque estaba solo.

La primera reacción fue puramente práctica, como correspondía al carácter de Evodio: la moneda no era de curso legal, por tanto no servía para el registro. Era un objeto decorativo de valor desconocido que alguien había depositado en la alcancía por razones que podían ir desde la devoción genuina hasta el error, pasando por la intención deliberada de deshacerse de algo sin que quedara constancia de cómo.

La segunda reacción, que llegó mientras tomaba el primer sorbo del café del termo, fue estética: la moneda era bonita. Tenía esa cualidad que tienen los objetos bien hechos de parecer más sólidos que su tamaño, más presentes, como si ocuparan más espacio del que físicamente les correspondía.

La tercera reacción fue la que definió el rumbo de las semanas siguientes: el llavero.

Evodio tenía un llavero funcional pero sin gracia, un argolla de metal con tres llaves —la de la sacristía, la del coche, la del cuarto de herramientas— que golpeaban entre sí con el ruido de las cosas que no han sido diseñadas para convivir. La moneda, con su agujero inexistente, no era técnicamente adecuada para un llavero. Pero había en la ferretería de enfrente del mercado un tipo de argolla especial, con un sistema de abrazo en lugar de rosca, que podía sujetar objetos planos sin necesidad de perforarlos.

Evodio terminó el café, guardó la moneda en el bolsillo del pantalón junto con las llaves del coche, terminó el vaciado de las alcancías restantes, entregó el cuaderno al padre Villanueva a las diez y media con la puntualidad que era su marca personal, y al mediodía pasó por la ferretería.

—Una argolla de las que abrazan —le dijo al dependiente. —De las grandes.

El dependiente, que llevaba quince años vendiendo ferretería y había aprendido que los clientes raramente saben el nombre técnico de lo que buscan pero siempre saben describirlo, entendió a la primera y le cobró cuatro pesos con cincuenta.

Esa tarde, sentado en la mesa de la cocina mientras Remedios calentaba los frijoles del almuerzo, Evodio ensambló el llavero nuevo con la concentración del que hace las cosas bien aunque no haya nadie mirando.

Remedios lo observó desde la estufa. Remedios Tordillo, cincuenta y tres años, con el mismo carácter directo que Evodio había confundido al principio con severidad y que con el tiempo había aprendido a reconocer como la forma más eficiente de querer a alguien: decirle la verdad antes de que la necesite.

—¿Qué es eso?

—Una moneda que encontré.

—¿Dónde?

—En el templo. En la alcancía de la capilla chica.

Remedios se acercó, se secó las manos en el mandil y tomó la moneda con los dedos.

—Es antigua —dijo.

—Sí.

—¿Vale algo?

Evodio la miró un momento con la expresión del que está siendo honesto consigo mismo.

—No sé —dijo.

Remedios le devolvió la moneda y volvió a los frijoles.

—Pues averigua —dijo, con el tono de quien considera que esa es la instrucción más obvia del mundo y no entiende para qué hay que decirla.

Evodio la puso en la argolla nueva, la añadió al llavero, y lo sostuvo en la palma de la mano. Pesaba bien. Sonaba diferente que antes, con un tono más sólido cuando las llaves se golpeaban entre sí. Era, en su modestia material, una pequeña mejora en la calidad cotidiana de las cosas.

Los frijoles estaban listos. Remedios sirvió los platos con el silencio eficiente de quien lleva veintinueve años sabiendo exactamente cuánta cantidad le corresponde a cada uno. Comieron. La radio de la vecina llegaba por la ventana con las noticias de las doce, que ese día incluían algo sobre el tipo de cambio, un accidente en la carretera a Puerto Escondido y el pronóstico de lluvias para el fin de semana.

—¿Y quién la puso en la alcancía? —preguntó Remedios, sin levantar los ojos del plato.

—No sé.

—¿Se la vas a decir al padre?

Evodio consideró esto mientras mojaba la tortilla en los frijoles.

—No es dinero —dijo. —No entra en el registro.

Remedios lo miró un momento con la expresión de quien ha escuchado una respuesta técnicamente correcta y sabe exactamente lo que está omitiendo.

—Ya —dijo, y volvió a su plato.

Esa noche, antes de dormir, Evodio dejó el llavero sobre la mesita de noche, como siempre. La moneda captó la poca luz que entraba por la ventana y la devolvió con esa calidad específica de la plata vieja, que no brilla sino que luce, que es diferente y mejor.

Por ahora, eso era suficiente.

Lo de averiguar podía esperar al día siguiente.

CAPÍTULO 8

Martine en territorio desconocido

Ciudad de México, Oaxaca, varios sitios

Martine Delacroix llegó a México con una carpeta de veintisiete páginas sobre Géraud de Sabran-Pontevès, una frase funcional en español aprendida en el avión —"necesito hablar con el responsable"— y la disposición metódica de quien ha rastreado objetos robados en dieciséis países y sabe que el primer día en cualquier lugar nuevo se dedica exclusivamente a entender cómo funciona ese lugar, no a hacer nada útil todavía.

Eso, en sí mismo, ya la distinguía de la mayoría de las personas en su oficio.

Martine trabajaba para una empresa privada de recuperación de patrimonio cultural con sede en Lyon, una de las pocas en Francia que operaba en ese nicho específico con la combinación de metodología legal y discreción práctica que los clientes —museos, casas de subastas, coleccionistas privados y, ocasionalmente, gobiernos que preferían no aparecer en los registros— requerían. Llevaba veinte años en eso. Había recuperado piezas de Camboya, de Nigeria, de Perú, de Ucrania antes de que Ucrania se convirtiera en el problema de todo el mundo. Había negociado con traficantes, con funcionarios, con herederos que no sabían que lo eran y con herederos que lo sabían demasiado bien.

Tenía cuarenta y un años, el pelo castaño cortado con la practicidad de quien viaja más de ciento cincuenta días al año, y una manera de moverse en los espacios nuevos que sus colegas describían como "radar", que no era exactamente radar sino algo más parecido a la atención sostenida convertida en hábito. No era el tipo de persona que destaca en una habitación, lo cual en su oficio era una herramienta de trabajo tan valiosa como la carpeta de veintisiete páginas y el número de contacto en el INAH.

México era la primera vez.

Lo cual no la inquietaba sino que le producía el interés específico de los problemas nuevos: no el entusiasmo del turista sino la atención del profesional que sabe que cada lugar tiene su propia lógica y que confundirla con la lógica de otro lugar es el error más caro que puede cometerse.

El vuelo de París a Ciudad de México duró poco más de once horas. Martine las invirtió en leer el expediente que su empresa había preparado sobre el peso Mulleto del lote 47, los antecedentes de Géraud, el marco legal mexicano de protección de patrimonio y tres artículos académicos sobre la historia de la Casa de Moneda que el investigador de la empresa había incluido con la nota "contexto útil, no indispensable". Martine los leyó todos porque era del tipo de persona para quien el contexto siempre es indispensable, aunque no sepa todavía para qué.

El aeropuerto de la Ciudad de México le confirmó su primera impresión de México: era un lugar donde mucha gente tenía cosas urgentes que hacer simultáneamente, y donde los sistemas diseñados para organizar esa simultaneidad funcionaban con una eficiencia que no era la eficiencia suiza ni la eficiencia alemana sino algo diferente, más adaptable, más dispuesto a improvisar dentro de las reglas cuando las reglas no alcanzaban para cubrir la situación.

Eso, en su experiencia, era generalmente una ventaja para alguien que sabía usarlo.

La reunión con el INAH estaba programada para el día siguiente de su llegada, en las oficinas de la coordinación nacional en la colonia Roma. Martine llegó diez minutos antes de la hora, que era su costumbre en cualquier país, y esperó en la sala de espera observando el edificio con la atención de quien clasifica lugares por lo que revelan sobre las instituciones que los habitan.

El edificio del INAH tenía esa calidad específica de las dependencias gubernamentales que llevan décadas haciendo trabajo importante con recursos que nunca fueron suficientes: paredes con capas de pintura de diferentes épocas, archiveros de metal que habían sobrevivido tres administraciones, carteles informativos sobre zonas arqueológicas pegados con cinta adhesiva junto a oficios enmarcados de una solemnidad que contrastaba con el desorden productivo de los escritorios. Era, en su manera, un lugar serio. No serio como los edificios corporativos que simulan la seriedad con mármol y silencio, sino serio como los lugares donde la gente lleva mucho tiempo haciendo lo que considera que hay que hacer.

La recibieron dos funcionarios: la licenciada Esperanza Ruiz, coordinadora de patrimonio mueble, una mujer de unos cincuenta años con el pelo recogido y la expresión de quien ha atendido suficientes visitantes internacionales como para no dejarse impresionar por ninguno, y el licenciado Fernando Castellanos, su asistente, que tomaba notas con una pluma de tinta y tenía el aspecto de quien preferiría estar haciendo otra cosa pero está haciendo esto con toda la profesionalidad disponible.

El intérprete, un joven que había sido contratado por la propia empresa de Martine para la reunión, traducía con más confianza de la que justificaba su nivel de francés, lo cual producía en ocasiones traducciones que eran aproximaciones entusiastas al sentido original más que reproducciones exactas. Martine lo notó en los primeros dos minutos y decidió no corregirlo, porque las correcciones en situaciones de ese tipo generan más incomodidad de la que resuelven, y porque el sentido general llegaba de todas formas.

—El Instituto Nacional de Antropología e Historia —explicó la licenciada Ruiz, con la paciencia del que ha dado esta explicación muchas veces y no ha perdido la convicción de que vale la pena darla— es la autoridad federal competente en materia de patrimonio arqueológico, artístico e histórico de México. Cualquier bien cultural mueble producido antes de 1900 es, por mandato de la Ley Federal sobre Monumentos, propiedad de la nación. Esto incluye las monedas históricas, medallas, documentos y objetos similares.

—Entiendo —dijo Martine, en español, porque había decidido que usar el intérprete para frases cortas era un dispendio de tiempo y de credibilidad.

La licenciada Ruiz la miró con una expresión que se modificó levemente, no hacia la calidez exactamente, sino hacia algo más parecido al reconocimiento.

—¿Habla español?

—Un poco —dijo Martine. —Suficiente para escuchar. Para hablar necesito ayuda.

—Está bien —dijo la licenciada Ruiz, y a partir de ese momento la reunión fluyó con una eficiencia notablemente mayor.

Los protocolos de cooperación entre Francia y México en materia de restitución de bienes culturales existían, como la licenciada Ruiz confirmó con la precisión de quien los ha leído, en el marco del Acuerdo de Cooperación Cultural firmado entre los dos países y de los compromisos derivados de la Convención de la UNESCO de 1970. El problema, que ninguno de los dos funcionarios formuló explícitamente pero que Martine detectó sin dificultad, era que esos protocolos habían sido diseñados para situaciones en las que el objeto ya había sido identificado, localizado y puesto a disposición de las autoridades. Para situaciones en las que el objeto estaba en manos de alguien que no sabía que lo tenían buscando, y que persona que lo había robado tampoco sabía que lo habían seguido hasta México, los protocolos eran técnicamente vigentes pero operativamente abstractos.

—Necesito trabajar sobre el terreno —dijo Martine, al intérprete para que lo tradujera con los matices correctos. —No de forma oficial. Observar, preguntar, seguir la pista. Si encuentro algo concreto, lo reporto de inmediato y procedemos por los canales formales.

La licenciada Ruiz y el licenciado Castellanos intercambiaron una mirada breve que contenía una conversación completa en el tiempo que duran ese tipo de miradas entre personas que trabajan juntas desde hace años.

—Eso está bien —dijo la licenciada Ruiz. —Siempre y cuando cualquier hallazgo se reporte antes de cualquier acción.

—Por supuesto —dijo Martine.

Salió del edificio con un número de teléfono directo, un nombre de contacto en la delegación del INAH en Oaxaca, y la confirmación de lo que ya sospechaba: la pista terminaba en Oaxaca. El último registro de Géraud en México era un boleto de avión a esa ciudad, comprado en efectivo en el aeropuerto de la Ciudad de México, lo que significaba que o bien había seguido desde allí o bien seguía ahí.

Tomó el vuelo de la tarde.

Oaxaca la recibió con treinta grados y el ruido específico de una ciudad que no tiene prisa pero tampoco se detiene, y Martine lo registró con la misma atención con que había registrado el aeropuerto, el edificio del INAH y el intérprete entusiasta: como información que todavía no sabe para qué va a servir pero que seguramente va a servir.

Los primeros dos días en Oaxaca los invirtió en lo que siempre invertía los primeros días en un lugar nuevo: caminar. No con destino específico, sino con el método que había desarrollado en veinte años de trabajo en ciudades que no conocía, que consistía en moverse durante horas con los ojos abiertos y la mente en el estado de atención difusa que produce más información útil que cualquier búsqueda dirigida. Los mercados, las calles del centro histórico, los cafés donde se sienta la gente que no es turista, las conversaciones que no van dirigidas a uno pero que llegan de todas formas. Oaxaca era una ciudad que hablaba, si uno sabía escucharla, con una franqueza que las ciudades más grandes habían perdido hace tiempo.

El tercer día empezó a hacer preguntas.

Su español funcional producía resultados que la sorprendieron por su generosidad. La gente respondía. No siempre a lo que preguntaba, porque la pregunta directa no es necesariamente el camino más corto en una ciudad que tiene sus propios ritmos de comunicación, pero respondía con una buena disposición que Martine no había encontrado en todos los lugares donde había trabajado y que encontró, de forma inesperada, útil no solo operativamente sino en otro sentido que no supo nombrar con precisión en ese momento.

La pista de Géraud, reconstruida con los datos disponibles, llevaba hasta el templo de Santo Domingo. Un taxi que lo había recogido frente al hotel mencionó la zona de Santo Domingo cuando el conductor de la empresa lo entrevistó por teléfono. Dos tiendas del mercado Juárez recordaban a un francés con un traje azul que había preguntado por antigüedades. La descripción coincidía con una precisión que no requería verificación adicional.

Martine se paró frente a la fachada de Santo Domingo al atardecer del segundo día en Oaxaca, con la carpeta bajo el brazo y la convicción creciente de que la moneda ya no estaba con Géraud, lo cual era al mismo tiempo una buena noticia y el inicio de un problema diferente. Una buena noticia porque

significaba que Géraud no había logrado venderla, que era lo que habría complicado todo de manera irreversible. Un problema diferente porque una moneda sin dueño visible en una ciudad como Oaxaca podía estar en cualquier lugar: en manos de un anticuario que esperaba el momento oportuno, en un cajón de hotel que ya tenía nuevo huésped, en el bolsillo de alguien que no sabía lo que tenía y podía tardar meses en saberlo.

Había rastreado objetos en dieciséis países. Sabía seguir una pista en París, en Bruselas, en Nairobi, en cualquier ciudad con sistemas de registro, cámaras, tarjetas de crédito y el tipo de trazabilidad que producen las sociedades que llevan tiempo documentándose a sí mismas. Oaxaca tenía todo eso y también tenía algo más: una textura cotidiana tan densa, tan entretejida de relaciones y costumbres y memorias compartidas que una pieza podía disolverse en ella sin dejar rastro en ningún registro y seguir siendo perfectamente visible para cualquiera que supiera cómo mirar.

Martine no sabía todavía cómo mirar en Oaxaca.

Pero lo estaba aprendiendo.

Y el hombre que en ese momento salía por la puerta lateral del templo con un llavero en la mano y el paso tranquilo del que termina su jornada y piensa en la cena, sin saber que la respuesta que ella buscaba colgaba literalmente de sus llaves a metro y medio de distancia, la miró un segundo al cruzarse con ella en la entrada y le dedicó el gesto cortés y neutro de los que saludan a los extraños sin necesidad de saber quiénes son.

Martine lo vio alejarse por la calle con la sensación vaga de que algo en él le resultaba familiar, sin poder decir qué.

Era una sensación que iba a volver.

CAPÍTULO 9

El llavero más caro del mundo

Oaxaca, vida cotidiana de Evodio, mercados, vecindario

Han pasado tres semanas desde que Evodio encontró la moneda, y en ese tiempo el llavero ha adquirido una presencia en su vida que va más allá de su función original. No es que piense en él constantemente, porque Evodio no es el tipo de persona que piensa en las cosas constantemente, sino que lo nota. Lo nota cuando lo saca del bolsillo en la sacristía. Lo nota cuando lo deja sobre el mostrador de la carnicería mientras busca el dinero. Lo nota, sobre todo, cuando alguien más lo nota.

Y la gente lo nota.

Eso había empezado a ocurrir con una frecuencia que Evodio estaba procesando con la metodología que aplicaba a todos los asuntos que no entendía del todo: observar, acumular, esperar. No hacer preguntas directas porque las preguntas directas producen respuestas directas, y las respuestas directas a veces revelan información que uno preferiría haber recibido en sus

propios términos y a su propio ritmo. Era un método que había desarrollado sin formulárselo nunca en esos términos, de la misma manera en que había desarrollado la filosofía de la economía doméstica: por acumulación de experiencia y ajuste fino a lo largo de los años, sin necesidad de teoría que lo respaldara.

El método tenía sus limitaciones, claro. La principal era que observar y acumular sin actuar producía información pero no resoluciones, y Evodio empezaba a notar que la información acumulada en las últimas semanas apuntaba en una sola dirección con una insistencia que ya no era fácil ignorar. No hacer preguntas directas porque las preguntas directas producen respuestas directas, y las respuestas directas a veces revelan información que uno preferiría haber recibido en sus propios términos y a su propio ritmo.

El primer incidente había sido el turista alemán, dos semanas atrás. Un hombre de unos cuarenta y cinco años con una cámara fotográfica de lente intercambiable y la ropa de quien viaja con criterio pero sin exceso, que había estado en el atrio del templo fotografiando la fachada con la concentración del aficionado serio. Cuando Evodio pasó de camino a la sacristía, el hombre lo miró, bajó la cámara, y se quedó mirando el llavero con una atención que no tenía nada de casual.

Evodio lo notó y siguió caminando.

Tres pasos adelante escuchó que el hombre sacaba el teléfono. No para llamar a nadie. Para fotografiar algo. Evodio no se dio la vuelta para verificar qué, porque no era necesario: la única cosa que el hombre podía estar fotografiando en esa dirección era el llavero que colgaba de la mano de Evodio mientras caminaba.

Eso era información.

El segundo incidente había sido don Agustín, el anticuario del mercado Juárez, que era el único anticuario del mercado con quien Evodio tenía trato por razones de geografía —el local de don Agustín quedaba en el camino entre la parada del camión y la sacristía— y de carácter, porque don Agustín era un hombre que hacía sus preguntas de forma oblicua, sin urgencia aparente, lo cual Evodio apreciaba en las personas en general y en los anticuarios en particular.

Ese día, don Agustín había interrumpido una conversación sobre el precio de unas figuras de barro al ver el llavero de Evodio en el mostrador.

—¿Me permite? —dijo, señalando el llavero con la barbilla, que era el gesto de don Agustín para indicar interés en algo sin comprometerse a nada.

Evodio se lo pasó.

Don Agustín tomó la moneda por el borde, como hacen los que saben, y la examinó durante un tiempo que Evodio contó internamente: ocho segundos, que en lenguaje de anticuario era una eternidad.

—¿La está vendiendo? —dijo don Agustín, con el tono de quien formula una pregunta de negocios pero está midiendo algo más.

—No —dijo Evodio.

—¿La encontró?

—Me la regalaron —dijo Evodio, que había decidido esa versión esa misma mañana como mejora sobre "la encontré en la alcancía", que tenía demasiadas aristas para una conversación de mostrador.

Don Agustín le devolvió el llavero con el mismo cuidado con que lo había tomado.

—Es una pieza interesante —dijo. —Si algún día decide venderla, me avisa.

—¿Cuánto valdría? —preguntó Evodio, con la naturalidad del que pregunta por curiosidad y no por urgencia, que era exactamente la naturalidad que había ensayado.

Don Agustín lo miró por encima de los lentes con la expresión del valuador que no quiere comprometerse con una cifra pero tampoco quiere cerrar una puerta.

—Depende de si es lo que parece —dijo. —Si es lo que parece, bastante.

—¿Bastante como cuánto?

—Bastante como para que valga la pena saberlo primero —dijo don Agustín, que era la respuesta de un hombre que llevaba cuarenta años en el negocio y había aprendido que la información vale más que el dinero mientras el dinero todavía no existe.

Evodio guardó el llavero, pagó las figuras de barro que había ido a comprar para el cuadro de la sacristía, y salió del mercado con más preguntas de las que había entrado, que era generalmente el resultado de hablar con don Agustín sobre cualquier cosa.

El tercer incidente era el más reciente y el más desconcertante: su sobrino Rodrigo, que estudiaba historia en la UNAM y había llegado de visita el fin de semana anterior con la energía característica de los jóvenes que viven en la Ciudad de México y regresan al pueblo convencidos de que el pueblo necesita que les cuenten lo que está pasando en el mundo.

Rodrigo había visto el llavero el primer día, mientras comían en la cocina de Remedios, y se había callado durante un momento que a Evodio le pareció dos momentos demasiado largo.

—Está bonita, tío —dijo Rodrigo, señalando la moneda con el tenedor. —¿De dónde la sacó?

—Me la dieron —dijo Evodio, que ya tenía la respuesta pulida de tanto usarla.

—¿Puedo verla?

Evodio se la pasó. Rodrigo la sostuvo con los dos dedos, anverso, reverso, canto. Su expresión era la de alguien que está reconociendo algo que no esperaba encontrar aquí, en esta cocina, en este llavero.

—¿Sabe qué es? —dijo Rodrigo, con una precaución en la voz que Evodio registró de inmediato.

—Una moneda antigua —dijo Evodio. —Mexicana. Del siglo XIX.

—Sí —dijo Rodrigo. —¿Pero sabe exactamente qué tipo de moneda?

—No —dijo Evodio, que sí tenía una sospecha pero prefería escuchar primero.

Rodrigo la volvió a mirar. Luego la devolvió con una lentitud que no era natural en él.

—Hay un tipo de monedas de ensayo —dijo, con el tono del estudiante que explica algo que acaba de aprender y todavía está calibrando cuánto sabe— que se llaman piezas Mulleto. Son híbridas, con el anverso de un diseño y el reverso de otro. Muy raras. Muy buscadas.

—¿Muy valiosas? —dijo Evodio.

—Depende —dijo Rodrigo, que había aprendido esa respuesta de algún lugar.

—Si son auténticas, mucho. Pero hay debate sobre cuáles son auténticas y cuáles son reproducciones del siglo XX. —Hizo una pausa. —¿De dónde dijo que la sacó, tío?

—Me la dieron —repitió Evodio.

Rodrigo asintió con la expresión del que ha decidido no seguir preguntando por el momento. Esa noche, Evodio lo escuchó teclear en el teléfono durante un buen rato antes de que se apagara la luz de la habitación de huéspedes.

Al día siguiente Rodrigo se fue a la Ciudad de México sin mencionar la moneda de nuevo, lo cual era más elocuente que si hubiera dicho algo.

Todo esto llevó a Evodio, un martes por la noche, a sentarse frente a la computadora de la sala —un equipo de escritorio que sus hijos le habían regalado hacía cuatro años y que él usaba para tres cosas: ver partidos de fútbol, leer el periódico y pagar el recibo de la luz en línea— y buscar "peso Mulleto México siglo XIX".

Lo que encontró fue más de lo que esperaba y menos de lo que necesitaba. Artículos académicos con palabras que entendía por separado pero no en la combinación en que aparecían. Foros de numismática donde personas con nombres de usuario como "PlataRepublicana1824" y "CoinCollectorMX" debatían con una pasión que Evodio encontró desproporcionada para el tamaño de los objetos en cuestión. Fotografías de monedas que se parecían a la suya con variaciones que él no sabía si eran significativas o decorativas.

Lo que sí encontró, y esto lo detuvo, fue una entrada en la página oficial del INAH sobre el programa de identificación y registro de bienes culturales muebles. La página explicaba, con la precisión burocrática de los textos institucionales que nadie lee hasta que los necesita, que cualquier moneda mexicana del siglo XIX era considerada patrimonio histórico de la nación bajo la Ley Federal sobre Monumentos y Zonas Arqueológicas, Artísticas e Históricas, y que los particulares que poseyeran piezas de ese tipo sin registro estaban técnicamente en situación irregular, aunque la ley contemplaba procedimientos para regularizar esa situación de forma voluntaria, con protección legal para quien entregara o declarara piezas de buena fe.

Evodio leyó ese párrafo tres veces. La tercera vez lo leyó en voz baja, despacio, como se leen los textos que tienen consecuencias.

Luego siguió buscando. que se llamaba "Numismática Mexicana — comunidad de coleccionistas", encontró una publicación reciente. Reciente como de hace doce días. Alguien con el nombre de usuario "GdSP_paris" había publicado una descripción detallada de una moneda: peso de ensayo, anverso tipo 1866, reverso tipo 1869, plata, estado de conservación muy bueno, procedencia documentada. Había añadido una pregunta: "¿Alguien conoce compradores discretos en México, específicamente Oaxaca?"

La publicación había sido borrada. Pero los foros de internet tienen la costumbre de guardar rastros de lo que ha existido en ellos, y alguien, antes de que desapareciera, había respondido: "Ese es el perfil exacto de una pieza que el INAH lleva buscando. Cuidado con lo que publicas."

Evodio leyó eso dos veces.

Luego apagó la computadora, tomó el llavero de la mesa y lo sostuvo en la palma de la mano durante un tiempo que Remedios, que pasaba por el pasillo, calculó en suficiente como para preguntarle qué le pasaba.

—Nada —dijo Evodio. —Estoy pensando.

—¿En qué?

—En que hay alguien más buscando esto —dijo, levantando el llavero levemente.

Remedios se detuvo en el marco de la puerta con la expresión de quien ha estado esperando que le dijeran eso desde hace un rato.

—¿Y eso te sorprende? —dijo.

Evodio lo pensó.

—No —dijo. —Pero me cambia las cosas.

—Sí —dijo Remedios. —Eso suelen hacer los problemas cuando uno los mira de frente.

Y se fue a la cocina, porque el agua del té llevaba hirviendo más tiempo del que debería.

Evodio se quedó con el llavero en la palma y la pantalla apagada delante. En Jalatlaco, afuera, la noche era tranquila con el ruido tranquilo de los barrios que no necesitan el silencio para ser silenciosos. Un perro ladró dos veces en la calle del fondo y se calló. Una moto pasó por la calle principal con la prisa de alguien que tiene a dónde llegar.

Evodio pensó en don Agustín y su "bastante como para que valga la pena saberlo primero". Pensó en Rodrigo y su silencio cuidadoso la noche del teléfono. Pensó en el turista alemán y su cámara de lente intercambiable apuntando en la dirección equivocada para fotografiar la fachada.

Pensó que llevaba tres semanas siendo el único en esta historia que no sabía exactamente qué tenía, y que eso, examinado con honestidad, ya había durado suficiente.

Guardó el llavero en el bolsillo, apagó la luz de la sala, y se fue a la cama.

Mañana era miércoles. Día de inventario en la sacristía, tarde libre después de las tres. Tiempo suficiente para ir a la biblioteca y buscar a alguien que pudiera decirle, sin que eso comprometiera a nadie, si la moneda que llevaba en el bolsillo era lo que tres personas distintas, con tres intereses distintos, parecían pensar que era.

O para llamar directamente al INAH, que según la página web tenía una oficina en la ciudad y un número de teléfono que, a diferencia de muchos números de teléfono institucionales en México, alguien contestaba entre nueve de la mañana y dos de la tarde, de lunes a viernes.

Cualquiera de las dos cosas era mejor que seguir observando y acumulando.

Eso también lo había aprendido con los años: que hay un momento en que el método de observar y esperar se convierte en postergación, y que la diferencia entre los dos, aunque no siempre es visible desde adentro, es perfectamente visible desde afuera.

Remedios lo habría dicho más directamente, como Remedios decía todas las cosas.

Pero Remedios ya estaba dormida, y la conclusión era la misma de todas formas.

CAPÍTULO 10

Tres personas buscando lo mismo desde direcciones opuestas

Oaxaca, varios escenarios, convergencia progresiva

El narrador tiene la ventaja, que no siempre es cómoda, de saber lo que ninguno de los tres protagonistas sabe: que están en la misma ciudad, buscando el mismo objeto, y que sus trayectorias se están acercando entre sí con la precisión involuntaria de tres personas que no se conocen pero comparten una lógica común sin saberlo. Es la ventaja del que mira desde arriba el tablero mientras los jugadores ven solo sus propias piezas. El narrador la ejerce con la discreción que corresponde, que es la discreción de quien disfruta el momento sin arruinarlo.

Géraud, para empezar, había desarrollado en las últimas semanas una rutina de vigilancia del templo que el narrador describe sin crueldad pero sin omitir los detalles: llegaba todos los días entre las diez y las once de la mañana, se sentaba en una de las bancas del atrio exterior, sacaba el termo de café que compraba en el puesto de la esquina y lo abría con el gesto del que ha hecho eso muchas veces, y desde allí observaba la entrada principal y la entrada lateral con la discreción estudiada del que cree que nadie lo nota.

Todo el mundo lo notaba.

Hay una diferencia entre pasar desapercibido y ser ignorado, y Géraud había logrado lo segundo sin conseguir lo primero. Pasar desapercibido requiere cierta invisibilidad que un hombre alto, europeo, con traje azul marino en una ciudad donde la mayoría de la gente no lleva traje no puede conseguir por mucho que lo intente. Ser ignorado, en cambio, es algo que Oaxaca otorgaba con generosidad a todos sus visitantes, independientemente de lo que hicieran, porque era una ciudad que tenía sus propias cosas de las que ocuparse y no consideraba que los asuntos de los extranjeros fueran necesariamente asunto suyo. Era una distinción que Géraud no había calculado y que, en las circunstancias, resultaba ser exactamente la que necesitaba.

Los feligreses habituales lo habían incorporado al paisaje del atrio con la naturalidad con que los barrios incorporan las presencias regulares que no causan problemas: el señor francés del termo, le decían entre ellos, aunque ninguno se lo decía a él, porque en Oaxaca la curiosidad tiene modales. La señora que vendía flores en la esquina opuesta le había dicho, el quinto día, que si iba a seguir viniendo todos los días le convenía probar el café de ella en lugar del del puesto de enfrente, que usaba una mezcla que ella no nombraría en público. Géraud le había comprado un café con la gratitud del que necesita una razón para sentirse menos extraño en un lugar, y desde entonces la señora de las flores era, sin que ninguno de los dos lo hubiera formalizado, su fuente de información sobre los movimientos en el atrio.

—¿El hombre de la sotana que salió ayer a las once? —le había preguntado Géraud, el día después de ver a alguien que podría ser el sacristán.

—El padre Villanueva no usa sotana —dijo la señora de las flores, con la precisión de quien conoce bien la diferencia. —El que vio es el sacristán. Evodio. Sale siempre entre diez y media y once, según el día.

—¿Evodio? —dijo Géraud.

—Tordillo. Lleva muchos años aquí. Muy buen hombre.

Géraud asintió y bebió el café, que era efectivamente mejor que el del puesto de enfrente, y pensó que tenía un nombre. Un nombre era algo. Un nombre era más de lo que tenía el día anterior.

Lo que no tenía era un plan para lo que iba a hacer con ese nombre, pero ese era un problema que podía considerar después del segundo café.

Martine, por su parte, había adoptado un método diferente y más eficiente, que era el método de alguien que sabe que el tiempo es un recurso finito y que la observación pasiva tiene un rendimiento decreciente después de cierto punto. Había pasado los últimos días haciendo preguntas en los alrededores del templo con su español funcional y su actitud directa, y había descubierto algo que en veinte años de trabajo en distintos países seguía sorprendiéndola levemente: la gente, cuando se le pregunta con respeto y sin urgencia aparente, sabe muchísimo más de lo que uno esperaría que supiera.

La señora de los tejidos en el mercado 20 de Noviembre recordaba a un francés con traje azul que había preguntado por antigüedades. El taxista que operaba en la zona de Santo Domingo recordaba haberlo llevado al menos dos veces entre el hotel y el mercado Juárez. Don Agustín, el anticuario, había respondido a las preguntas de Martine con la reserva del profesional pero con suficiente información como para confirmar que la moneda había pasado por sus manos durante unos segundos y que quien la tenía en ese momento no era el francés.

—¿Quién la tiene? —preguntó Martine, con la franqueza que en su español todavía sonaba más directa de lo que pretendía.

—No lo sé —dijo don Agustín, que lo sabía pero que también sabía que decirlo era más complicado que no decirlo.

—¿Tiene una idea?

Don Agustín la miró por encima de los lentes con la expresión del que está evaluando cuánto le conviene colaborar con una mujer que hace preguntas demasiado precisas para ser una turista.

—Hay personas en esta ciudad que conocen todo lo que entra y sale por esas puertas —dijo, señalando vagamente hacia Santo Domingo. —Si la moneda apareció allí, hay alguien que la encontró. Y si alguien la encontró, hay alguien que lo sabe.

Era una respuesta que no decía nada y lo decía todo, que era exactamente el tipo de respuesta que Martine había aprendido a valorar: no la mentira ni la revelación completa, sino la pista formulada de forma que el que recibe pueda hacer algo con ella sin que el que la da quede comprometido. En dieciséis países había aprendido que ese tipo de respuesta era un idioma universal del que existían variantes locales, y que la variante oaxaqueña tenía la particularidad de ser más amable que la mayoría sin ser por eso menos precisa.

Salió del mercado con una dirección aproximada y un nombre que la señora de las flores, a quien también había encontrado en el atrio esa misma mañana, le había dado con una generosidad que Martine atribuyó a la simpatía instintiva que algunas personas sienten por las mujeres que hacen preguntas sin rodeos.

—Evodio Tordillo —había dicho la señora. —El sacristán. Vive en Jalatlaco. Muy buen hombre.

Martine anotó el nombre en su cuaderno y pensó que la frase "muy buen hombre" era la segunda vez que la escuchaba sobre la misma persona en el mismo día, lo cual en su experiencia era un indicador razonablemente fiable de que la persona en cuestión era, efectivamente, un buen hombre. O de que Oaxaca tenía una cultura del elogio más generosa que las ciudades donde solía trabajar. Probablemente las dos cosas.

Evodio, en tanto, había modificado su rutina con los ajustes mínimos pero significativos del que ha decidido que la situación requiere precaución sin

llegar al punto de requerir alarma. Guardaba las llaves en el bolsillo del pantalón en lugar del llavero de la cintura. Tomaba una ruta alternativa al trabajo dos de cada cinco días, variándola sin patrón fijo. Había dejado de mencionar la moneda en cualquier conversación que no fuera con Remedios, y con Remedios la mencionaba cada vez menos porque Remedios ya sabía lo que había que saber y no necesitaba actualizaciones.

Ese martes, Evodio salió de la sacristía a las diez y cuarenta, como casi siempre, y cruzó el atrio en dirección a la calle. La señora de las flores le dijo buenos días, como todos los días, y Evodio le respondió y le preguntó por su rodilla, que había estado dando problemas la semana anterior. La señora dijo que mejor, gracias, y que esa mañana habían venido dos personas preguntando por él.

Evodio se detuvo.

—¿Cómo así? —dijo, con la calma del que pregunta pero está procesando más rápido de lo que parece.

—Un señor con termo y una señora con cuaderno —dijo la señora de las flores, con la precisión descriptiva de quien ha aprendido a notar los detalles relevantes sin que nadie le enseñe cuáles son. —En distintos momentos. Los dos preguntaron por usted.

—¿Qué les dijo?

La señora de las flores lo miró con la expresión de quien sopesa lo que va a decir.

—Su nombre —dijo. —Que vive en Jalatlaco. Que es muy buen hombre. —Hizo una pausa. —Espero no haber hecho mal.

—No —dijo Evodio. —Hizo bien.

Y siguió caminando con el paso tranquilo de quien ha tomado una decisión y está calculando los pasos para ejecutarla, que era un paso diferente del que traía antes de esa conversación aunque desde afuera no se notara la diferencia.

Esa misma tarde, los tres coincidieron en el mercado 20 de Noviembre sin reconocerse del todo.

Géraud estaba en la fonda del segundo pasillo, comiendo un estofado que el menú llamaba "especialidad del día" y que merecía más que eso, sentado en una mesa para dos de la que ocupaba solo un lugar. Llevaba el traje azul marino, que para entonces tenía las marcas inevitables de tres semanas de uso intensivo en clima cálido pero que seguía siendo, en su deterioro, una prenda con cierta dignidad. Había pedido también una limonada y un pan de yema que no había en el menú pero que la señora de la fonda le había traído porque le había parecido que necesitaba comer más.

—Está muy flaco —le había dicho la señora, con la franqueza afectuosa que en Oaxaca no requiere familiaridad previa. —¿No está comiendo bien?

—Estoy comiendo muy bien —dijo Géraud, que era la verdad. —Es que siempre fui así.

—Pues coma más de todas formas —dijo la señora, y le trajo el pan sin que él lo pidiera.

Géraud lo comió sin discutir y pensó que en otras circunstancias podría haberse quedado en Oaxaca por razones completamente distintas a las que lo habían traído.

Evodio entró diez minutos después y se sentó en la mesa de al lado con el periódico deportivo bajo el brazo y el llavero dentro del bolsillo. Los dos hombres se miraron un segundo, intercambiaron el gesto de cabeza con que los hombres de cierta edad reconocen la presencia de otros hombres de cierta edad en espacios compartidos, y volvieron cada uno a lo suyo.

Géraud comió su estofado sin saber que el hombre del periódico deportivo en la mesa de al lado tenía en el bolsillo lo que él llevaba semanas buscando.

Evodio leyó los resultados del fin de semana sin saber que el hombre del estofado era el francés del que le había hablado don Agustín, el que había preguntado por compradores discretos y había borrado la publicación del foro.

El narrador observó la escena con la satisfacción comedida del que ha llegado al momento que estaba esperando y tiene la disciplina de no festejarlo en voz alta.

Martine llegó al mercado veinte minutos después, cuando Géraud ya se había ido y Evodio pedía el postre. Preguntó en el puesto de la entrada si conocían a un señor llamado Evodio Tordillo, y la señora del puesto señaló hacia el segundo pasillo con la naturalidad de quien da indicaciones a alguien que va al lugar correcto. Martine dobló la esquina del pasillo justo cuando Evodio se levantaba de la mesa para irse.

Se cruzaron en la salida del pasillo. Evodio se hizo a un lado para dejarla pasar. Martine lo miró un segundo más de lo normal, con esa sensación ya conocida de familiaridad sin origen, y luego entró al pasillo y se sentó en la mesa que Evodio acababa de dejar, todavía tibia.

Afuera, en la calle, Evodio caminó hacia Jalatlaco con el paso de siempre y el llavero en el bolsillo y la certeza que había estado acumulando durante semanas y que esa tarde, entre el mensaje de la señora de las flores y la mirada de la mujer en el pasillo del mercado, había terminado de cuajar.

No podía seguir esperando.

El narrador, que no tiene favoritos pero que si los tuviera probablemente elegiría a Evodio, pensó que era exactamente la conclusión correcta a la que llegar y exactamente el momento correcto para llegarla.

Las tres historias, que habían corrido paralelas durante semanas con la terquedad de las líneas que no saben que están en el mismo plano, se estaban acercando al punto donde iban a encontrarse.

Lo que ocurriera en ese punto dependía, como casi todo en esta historia, de Evodio.

CAPÍTULO 11

La elección de Evodio

Oaxaca, sacristía, casa de Evodio en Jalatlaco

El padre Villanueva era un hombre de cuarenta y siete años que había llegado a Santo Domingo hacía doce con la energía reformadora de los párrocos jóvenes y había ido calibrando esa energía, con el tiempo y con el templo, hasta encontrar el punto de equilibrio que los lugares con cuatro siglos de historia imponen a quienes los habitan: hacer bien lo que hay que hacer, no inventar lo que no está roto, y confiar en las personas que saben más que uno sobre las cosas que uno no sabe.

Evodio era una de esas personas.

Su relación con el padre Villanueva era la relación de dos profesionales que se respetan sin necesitar ser amigos, que es una forma de relación más sólida de lo que parece y más frecuente de lo que la gente reconoce. El padre Villanueva sabía que Evodio manejaba la sacristía con una competencia que él no podría replicar ni querría. Conocía la rutina de las alcancías, el sistema de los ornamentos, la lógica interna del mantenimiento cotidiano de un templo del siglo XVI con todas las particularidades que eso implicaba: las goteras que aparecían en temporada de lluvias en el mismo punto de siempre, los candados que había que lubricar antes de que empezara el frío, los feligreses que necesitaban atención especial en ciertos días del año y que Evodio atendía con una discreción que el padre agradecía sin haberlo pedido. Era, en su conjunto, un conocimiento institucional que había tardado décadas en construirse y que el padre Villanueva sabía que su sucesor —cuando hubiera uno— iba a necesitar aprender de Evodio, no de ningún manual.

Evodio sabía que el padre Villanueva no hacía preguntas innecesarias, lo cual en su situación actual tenía un valor que no estaba en ningún contrato pero que los dos entendían sin nombrarlo.

Esa mañana, el padre Villanueva encontró a Evodio en la sacristía ordenando los ornamentos del próximo domingo con la concentración del que pone orden en las cosas externas cuando las internas lo requieren.

—Evodio —dijo el padre, desde la puerta. —¿Todo bien?

—Todo bien, padre —dijo Evodio, sin dejar de doblar el alba con la precisión de quien lo ha hecho miles de veces.

El padre lo observó un momento con la atención del que sabe leer el silencio de las personas que conoce bien.

—¿Seguro?

Evodio dobló el alba, la colocó en el cajón correspondiente, y se dio la vuelta.

—Padre —dijo. —¿Usted sabe qué pasa cuando alguien encuentra algo en el templo que no debería estar aquí?

El padre Villanueva entró a la sacristía y cerró la puerta con el gesto tranquilo del que reconoce que la conversación que viene requiere un espacio diferente del pasillo.

—Depende de qué sea lo que encontró —dijo.

—Una moneda —dijo Evodio. —Antigua. Muy antigua. De la que resulta que es patrimonio de la nación.

Hubo un silencio de duración medida.

—¿Cuándo la encontró?

—Hace un mes, más o menos. En la alcancía de la capilla chica.

—¿Y por qué no me lo dijo antes?

Evodio lo pensó con la honestidad que la pregunta merecía.

—Porque no sabía lo que era —dijo. —Y luego, cuando lo fui sabiendo, ya era más complicado explicarlo.

El padre Villanueva asintió con la expresión de quien entiende esa lógica porque él mismo la ha seguido en otras circunstancias.

—¿La tiene todavía?

—Sí.

—¿Alguien más lo sabe?

—Varias personas —dijo Evodio. —Por eso estoy hablando con usted esta mañana.

El padre se sentó en la silla junto al escritorio de la sacristía, que era la silla donde se sentaba cuando las conversaciones iban a durar más de tres minutos.

—¿Qué quiere hacer? —dijo.

—Entregarla —dijo Evodio. —Al INAH. Pero quiero hacerlo bien. No quiero meterme en un problema por haber tenido algo que no sabía que no debía tener.

—La ley contempla eso —dijo el padre, que había estudiado teología pero también había leído suficiente legislación de patrimonio cultural en sus años en Oaxaca como para saber que existían procedimientos para exactamente esa situación. —La entrega voluntaria de buena fe tiene protecciones. ¿Quiere que lo acompañe?

Evodio lo miró con la expresión del que no esperaba ese ofrecimiento y lo agradece sin saber bien cómo decirlo.

—No es necesario, padre.

—Ya sé que no es necesario —dijo el padre Villanueva. —Le pregunto si quiere. Evodio pensó un momento.

—Sí —dijo. —Gracias.

Esa tarde, Evodio llegó a su casa en Jalatlaco a las tres y cuarto, se sentó a la mesa de la cocina y le contó todo a Remedios. No en la versión abreviada que había ido usando con el padre, con don Agustín, con el sobrino Rodrigo. Todo. La alcancía, la argolla de ferretería, el turista alemán con la cámara, don Agustín y su "bastante como para que valga la pena saberlo primero", Rodrigo y su silencio calculado, el foro de internet y la publicación borrada de alguien que se hacía llamar "GdSP_paris", la señora de las flores y las dos personas que habían preguntado por él esa misma mañana.

Remedios lo escuchó con la atención completa que le daba a las cosas que importaban, sin interrumpir, sin gesticular, sin hacer ninguna de las cosas que la gente hace cuando escucha para demostrar que está escuchando. Simplemente escuchó.

Cuando Evodio terminó, Remedios sirvió dos tazas de café, puso una frente a él, tomó la suya, y guardó silencio un momento más. No porque no tuviera ya la respuesta, sino porque había aprendido en veintinueve años de matrimonio que el silencio de un segundo antes de decir algo importante es la diferencia entre que el otro lo escuche y que simplemente lo oiga.

—Si de verdad vale tanto, entonces no es tuya, Evodio. Nunca lo fue.

Era la frase más corta de la conversación más larga que habían tenido en semanas, y era también la más exacta, que era la característica principal de las frases de Remedios: no eran largas, pero eran exactas. No había en ella acusación ni condena. Era simplemente la verdad dicha de la forma más directa posible, que en boca de Remedios era también la forma más amable posible, porque era la forma que no dejaba espacio para la duda ni para la demora.

Evodio tomó el café.

—Lo sé —dijo.

—¿Entonces?

—Entonces la voy a entregar. Mañana, con el padre Villanueva, al INAH.

Remedios asintió con la expresión de quien ha llegado a esa conclusión antes que el otro pero tenía claro que la conclusión tenía que ser del otro para que sirviera de algo. Esa era otra cosa que había aprendido en veintinueve años: las decisiones que uno toma porque alguien más lo convenció no duran. Las que uno toma porque llegó solo a ellas, esas sí.

—¿Y el francés? —dijo.

—No sé nada del francés.

—La señora de las flores dijo que un señor con termo preguntó por ti.

—Sí.

—¿Y si es él?

Evodio lo pensó.

—Ese ya no es mi problema —dijo. —El INAH sabrá qué hacer con eso.

Remedios tomó su café con la expresión de quien considera que esa respuesta es razonablemente satisfactoria pero no perfecta.

—¿Y la mujer del cuaderno?

—Tampoco sé quién es.

—Pero preguntó por ti también.

—Sí.

—Eso es mucha gente buscando lo mismo —dijo Remedios.

—Por eso es mejor entregarlo mañana que esperar —dijo Evodio.

Remedios consideró esto durante el tiempo que tardó en terminar el café.

—Sí —dijo finalmente. —Sí, eso está bien.

Era la aprobación más corta que Evodio había recibido de Remedios en veintinueve años de matrimonio, y era también, por eso mismo, la que más peso tenía.

Esa noche, antes de dormir, Evodio abrió la computadora por última vez y buscó el número de teléfono de la delegación del INAH en Oaxaca. Lo encontró en la segunda página de resultados, junto a la dirección de las oficinas en la calle Macedonio Alcalá, a dos cuadas del templo de Santo Domingo, lo cual era una de esas coincidencias geográficas que el narrador registra sin comentario porque el comentario estaría de más. El horario de atención era de nueve de la mañana a dos de la tarde, de lunes a viernes. Anotó el número en el mismo cuaderno donde Remedios apuntaba los recados telefónicos y los pendientes del mercado, entre el número del plomero y el recordatorio de recoger el mandil de la tintorería.

Era jueves.

Llamaría a las nueve y diez, que era el tiempo suficiente para que la línea estuviera despejada del primer turno de llamadas matutinas pero no tan tarde como para arriesgar que se cortara el horario de atención. Eso lo había aprendido con los años: en las dependencias públicas, la ventana útil de atención telefónica era entre las nueve y cuarto y la una y cuarto, independientemente de lo que dijera el horario oficial. Era un conocimiento práctico del tipo que no se enseña en ningún lado y que se acumula por la experiencia específica de haber intentado resolver cosas en horarios que resultaron ser los horarios equivocados.

Cerró la computadora. Apagó la luz. El llavero estaba sobre la mesita de noche, como siempre, con la moneda captando la poca luz que entraba por la ventana y devolviéndola con esa calidad de la plata vieja que no es brillo sino algo más parecido a memoria.

Evodio la miró un momento.

Había llegado a sus manos por casualidad, o por lo que la gente llama casualidad cuando no quiere llamarlo de otra manera, que es la mayoría de

las veces. Había pasado un mes en su bolsillo, en su llavero, sobre su mesita de noche. Había producido una cantidad de complicaciones que él no había buscado y que de todas formas había ido manejando con los instrumentos que tenía: la observación, la paciencia, la honestidad tardía pero honestidad al fin.

Pensó en lo que la licenciada Ruiz del INAH le había explicado cuando el padre Villanueva lo llamó esa misma tarde para verificar el procedimiento. La ley era clara: quien encontrara un bien cultural mueble y lo entregara voluntariamente a las autoridades competentes quedaba exento de responsabilidad penal y tenía derecho, en algunos casos, a una compensación simbólica por la cooperación. No era una ley que mucha gente conocía, porque no era el tipo de ley que uno busca hasta que la necesita. Pero existía, y existía precisamente porque el legislador había entendido, en algún momento de la historia de ese texto, que los objetos valiosos a veces llegan a manos de personas ordinarias por caminos que nadie planeó, y que la respuesta del Estado a eso no podía ser simplemente la amenaza sino también la puerta abierta para quienes quisieran hacer lo correcto.

Evodio pensó que era una ley razonable. Pensó también que las leyes razonables eran las que menos gente conocía, y que eso decía algo sobre la relación entre la gente y las instituciones que no era necesariamente optimista pero que tampoco era completamente desolador. Luego pensó que ya había pensado suficiente por esa noche y que Remedios tenía razón, como casi siempre, y que mañana había que levantarse a las siete y cuarto para tener tiempo de desayunar antes de llamar al INAH.

Luego dejó de pensar en leyes y pensó en Remedios, que en ese momento dormía en el otro lado de la cama con la serenidad de quien ha dicho lo que había que decir y ya descansó. Pensó que en veintinueve años había tomado muchas decisiones, algunas buenas y algunas no tanto, y que en las buenas Remedios había estado siempre, no empujándolo sino acompañándolo, que era diferente y mejor.

No se arrepentía de haberla tenido. Se alegraba de saber qué hacer con ella, y se alegraba también, aunque esto no lo habría dicho en voz alta porque no era el tipo de cosa que Evodio decía en voz alta, de haber llegado a esa decisión sin que nadie se la impusiera. Era suya. Eso la hacía más firme que si hubiera venido de afuera.

Eso, pensó Evodio mientras cerraba los ojos, era suficiente para dormir bien. Y durmió bien.

CAPÍTULO 12

Lo que la moneda dejó

Oaxaca y París, semanas después

El narrador advierte desde el inicio de este capítulo que no va a detenerse en los trámites. Los trámites ocurrieron y fueron, como todos los trámites, una

combinación de formularios, firmas, esperas en pasillos y conversaciones con funcionarios que hacían su trabajo con la competencia silenciosa de quien lleva años haciéndolo. La licenciada Ruiz del INAH recibió la pieza con la seriedad que correspondía y con algo más difícil de nombrar que el narrador registra de todas formas: la satisfacción de alguien que lleva años cuidando algo que otros descuidan, y que en ese momento ve que el sistema, contra todo pronóstico, funcionó.

Hubo, también, un momento que el narrador conserva porque lo merece: cuando la licenciada Ruiz sostuvo la moneda por el borde sobre la bandeja de recepción y la examinó bajo la luz de la ventana durante unos segundos antes de depositarla en la bolsa de custodia, el padre Villanueva y Evodio la observaron desde el otro lado del escritorio, y los tres estuvieron en silencio un momento que no duró más de cuatro o cinco segundos pero que tenía la densidad de los silencios que contienen más de lo que caben en ellos: ciento sesenta años de existencia disputada, dos continentes, un conde sin castillo, un sacristán con un llavero, y la pregunta sin respuesta que alguien había decidido fundir en plata en la Casa de Moneda de México en algún momento del siglo XIX y que ahora, finalmente, iba a descansar en el lugar donde tenía que haber estado siempre.

—Bien —dijo la licenciada Ruiz, con la sobriedad de quien sabe que ese momento no necesita comentario adicional.

El padre Villanueva firmó como testigo con la caligrafía cuidadosa que había desarrollado en cuarenta años de documentos eclesiásticos. Evodio entregó el llavero completo sobre el escritorio, abrió la argolla con la uña del pulgar, y depositó la moneda en la bandeja con el gesto tranquilo del que hace lo que hay que hacer.

Lo que ocurrió después de los trámites es lo que interesa.

Géraud fue detenido cuatro días más tarde, no de forma espectacular sino con la misma torpeza que había caracterizado todo su recorrido desde aquella tarde en Sotheby's. Un control de migración rutinario en el aeropuerto de Oaxaca, donde había ido a comprar un boleto de regreso a la Ciudad de México con la intención de desde allí volver a París, una vez que la moneda había desaparecido de sus manos de todos modos y quedarse ya no tenía ningún propósito. No tenía plan específico. Tenía el traje azul marino, que llevaba ya demasiadas semanas de uso continuo pero que seguía siendo, en su deterioro progresivo, una prenda con cierta dignidad estructural. Y tenía la sensación específica del que ha terminado de esperar algo sin saber exactamente qué era lo que esperaba. El agente le pidió identificación, tecleó el nombre, esperó tres segundos más de lo normal, y levantó el teléfono.

Martine estaba en el vestíbulo del mismo aeropuerto cuando sucedió, esperando su propio vuelo de regreso. Lo vio desde los asientos de la sala de espera: el agente, el teléfono, el gesto de Géraud que no era exactamente sorpresa sino el reconocimiento de alguien que sabía que esto iba a ocurrir en algún momento y había decidido no pensar demasiado en cuándo. Se levantó,

se acercó, y se identificó ante el agente con su credencial de la empresa y el nombre de contacto de la licenciada Ruiz, que atendió la llamada en menos de un minuto.

La detención fue, en sus términos formales, una notificación de requerimiento de presentación ante las autoridades competentes, que era la fórmula que la ley usaba cuando quería decir "no se puede ir todavía" sin decirlo con esas palabras exactas.

Géraud miró a Martine mientras el agente hablaba por teléfono.

—¿Cuánto tiempo lleva siguiéndome? —dijo, en francés.

—Desde París —dijo Martine, también en francés, con el alivio específico de poder hablar en el propio idioma después de semanas de español funcional.

—¿Cuándo supo lo de la alcancía?

—Antes que usted que ya no tenía la moneda —dijo Martine. —Aunque no mucho antes.

Géraud consideró esto un momento.

—¿Y ahora? —dijo.

—Ahora la moneda está donde debe estar —dijo Martine. —Y usted tiene que hablar con unas personas antes de poder irse.

—¿Va a ser muy complicado?

Martine lo pensó con la honestidad profesional que le impedía dar garantías que no podía dar.

—Complicado no —dijo. —Largo, probablemente. Y caro, casi seguro. Pero no catastrófico. La entrega voluntaria de la pieza por parte de quien la encontró simplifica bastante las cosas.

—No fui yo quien la entregó —dijo Géraud.

—No —dijo Martine. —Eso también complica un poco las cosas. Pero menos de lo que las habría complicado el escenario alternativo.

Géraud asintió con la resignación de alguien que ha llegado al final de un camino que sabía desde el principio que no iba a terminar bien y que sin embargo lo recorrió entero porque no sabía cómo hacer otra cosa.

El agente terminó la llamada y se dirigió a Géraud con la cortesía profesional de quien hace algo desagradable sin disfrutarlo.

—Monsieur, va a ser necesario que nos acompañe.

—Naturalmente —dijo Géraud, con el tono de quien ha dicho esa palabra en circunstancias muy distintas y nota con precisión la diferencia entre aquellas y estas.

Lo que el narrador puede decir sobre el proceso legal que siguió es que duró más de lo que Géraud esperaba, costó más de lo que tenía, y terminó con una multa considerable, la obligación de no salir de Francia por dieciocho meses, y la anotación en su expediente que los abogados llaman "antecedente menor"

y que en la práctica significa que ciertos aeropuertos van a tomarse su tiempo con él durante un tiempo determinado.

Lo que Géraud lleva consigo de Oaxaca no es ninguna de esas cosas. Es algo más difícil de inventariar.

Hay una categoría de experiencias que no producen lecciones formulables ni cambios de carácter súbitos ni ninguna de las transformaciones que las narraciones suelen atribuir a sus protagonistas en el capítulo final. Producen algo más modesto y más duradero: una modificación sutil en la forma en que uno se ve a sí mismo. No "soy una persona diferente" sino "soy la misma persona que hizo eso y que pagó por ello y que sigue aquí". Géraud no se había convertido en un hombre mejor en el sentido en que los cuentos morales definen ese resultado. Se había convertido en un hombre más honesto sobre lo que era, lo cual es diferente y más útil.

El castillo de Ansouis no iba a recuperarse. Los acreedores no iban a desaparecer. El traje azul marino iba a necesitar atención antes de que pudiera volver a usarse en circunstancias que lo merecieran. Pero el conde de Sabran-Pontevès, noveno de su nombre, había estado en Oaxaca, había cometido un error de proporciones considerables, había vivido las consecuencias con una dignidad que él mismo no sabía que tenía, y había vuelto a París en clase económica con el expediente cerrado y la extraña ligereza de quien ya no tiene que cargar con algo que no le pertenecía.

El narrador encuentra eso suficientemente digno como para no burlarse en este capítulo. Solo en este.

Martine cerró el expediente en el vuelo de regreso a París, en la misma clase económica en que siempre viajaba porque la empresa no pagaba business y ella no lo pedía. Escribió el informe final en el cuaderno de notas que llevaba desde el inicio del caso, con la letra compacta de quien escribe para leer después, no para impresionar. La moneda recuperada, el procedimiento completado, la coordinación con el INAH satisfactoria, la recomendación de establecer un protocolo de comunicación más ágil para casos similares en el futuro, que los habría y que en México específicamente habría más de los que cualquier protocolo existente podía anticipar.

Era un buen informe. Era el tipo de informe que su directora en Lyon leería con satisfacción y archivaría con una nota de "caso cerrado satisfactoriamente" y un correo de felicitación que llegaría dos días después con la puntualidad de las instituciones que funcionan bien. Todo eso iba a ocurrir y Martine lo sabía de antemano con la certeza de quien conoce su institución.

Lo que no escribió en el informe, porque los informes no son el lugar para ciertas cosas, fue lo que pensó mirando por la ventanilla mientras México desaparecía debajo de las nubes. En veinte años de trabajo había recuperado piezas de valor extraordinario por rutas extraordinariamente complicadas, y esta era la primera vez que la solución había venido de un hombre que no

sabía nada de leyes internacionales ni de protocolos de restitución ni de convenios de la UNESCO, sino simplemente de lo que era correcto hacer.

Pensó que había algo en eso que la ley no puede producir por sí sola, y que sin embargo es exactamente lo que la ley necesita para funcionar. Pensó que Evodio Tordillo, sacristán del Templo de Santo Domingo de Guzmán en Oaxaca, era el tipo de persona que los sistemas institucionales asumen que existe pero raramente encuentran.

No escribió eso en el informe. Pero lo pensó durante todo el vuelo, y siguió pensándolo después.

Evodio volvió a su rutina con la naturalidad de quien nunca la había abandonado del todo. Martes de alcancías, miércoles de inventario, domingos de llamada de los hijos. La única diferencia visible era que su llavero pesaba un poco menos, lo cual era un cambio tan pequeño que nadie lo notaría salvo él, que lo notaba cada vez que sacaba las llaves del bolsillo y el sonido era levemente diferente al de las últimas semanas. Había pensado en comprar otro objeto para poner en la argolla y restituir el peso, pero había decidido que no, porque el espacio vacío tenía su propio significado y no convenía llenarlo por llenarlo, que era una regla que se aplicaba a más cosas que los llaveros.

El padre Villanueva le dijo, el domingo siguiente, que había recibido una carta de la licenciada Ruiz informando que la pieza había sido enviada al Museo Regional de Oaxaca para su estudio y eventual exhibición. Evodio lo escuchó y dijo que estaba bien. El padre lo miró un momento con la expresión de quien quiere decir algo más y está calibrando si es el momento.

—Hizo lo correcto, Evodio —dijo el padre, con la sencillez de quien ha aprendido que los reconocimientos que valen son los que no necesitan adornos.

—Sí —dijo Evodio. —Ya lo sé, padre.

—Lo digo en serio.

—También lo sé en serio —dijo Evodio, y siguió acomodando los cirios del altar con la concentración de quien tiene trabajo que terminar y lo va a terminar bien independientemente de lo que se diga en los intervalos.

Remedios le preguntó, dos semanas después de la entrega, si se arrepentía.

Evodio lo pensó con la honestidad que la pregunta merecía, porque Remedios hacía las preguntas para escuchar las respuestas reales, no las cómodas.

—No —dijo. —Era lo que había que hacer.

Remedios lo miró un momento con la expresión de quien ya sabía la respuesta pero necesitaba escucharla dicha.

—Sí —dijo. —Lo sé. Por eso te pregunté. Para escuchártelo decir.

Y siguió pelando las papas del almuerzo con el mismo ritmo de siempre, que era el ritmo de alguien que tiene las cosas en su lugar y no necesita que nada cambie para estar bien donde está.

El narrador, que se ha permitido acompañar esta historia desde el prólogo con la familiaridad de quien comparte un secreto, hace aquí su última observación: de los tres personajes que giraron alrededor de esta moneda durante semanas, el único que salió sin pérdidas visibles fue el que nunca supo exactamente cuánto valía. Lo cual puede ser una lección o puede ser una coincidencia, y probablemente sea las dos cosas, que es como suelen ser las verdades que merecen la pena.

EPÍLOGO

La moneda en su vitrina

Museo Regional de Oaxaca, tiempo presente

La moneda está donde debe estar.

Detrás de un vidrio, sobre terciopelo negro, en la sala de numismática del Museo Regional de Oaxaca, que ocupa el antiguo convento de Santo Domingo con la serenidad de quien lleva tiempo en un lugar y no tiene intención de irse. La vitrina está en el lado izquierdo de la sala, bajo una iluminación que los museógrafos llaman "neutra" y que es exactamente la cantidad de luz calculada para hacer que un objeto parezca importante sin parecer pretencioso, que en el caso de esta pieza es un equilibrio que el objeto mismo parece agradecer.

La cédula que la acompaña es un rectángulo de cartón de quince por ocho centímetros con letra helvética en cuerpo diez, fondo blanco, texto negro. Dice: *Peso de ensayo. Plata. México, segunda mitad del siglo XIX. Ejemplar de tipo Mulletto: anverso correspondiente al diseño propuesto en 1866, reverso al diseño de 1869. Casa de la Moneda de México. Ingreso a la colección: donación de la Delegación Federal del INAH en Oaxaca, con la colaboración del Templo de Santo Domingo de Guzmán.* Debajo, en letra más pequeña: *El debate sobre la autenticidad de los ejemplares conocidos de este tipo continúa abierto en la literatura numismática especializada.*

La cédula no menciona a Sotheby's. No menciona a Géraud de Sabran-Pontevès, noveno conde de una estirpe cuya relevancia había ido decreciendo con la misma constancia con que subían sus deudas. No menciona a Martine Delacroix ni a su carpeta de veintisiete páginas ni a su español funcional aprendido en un avión. No menciona a Evodio Tordillo ni a la argolla de ferretería que costó cuatro pesos con cincuenta, ni a Remedios, ni al padre Villanueva, ni a la señora de las flores del atrio, ni al sobrino Rodrigo con su silencio calculado, ni a don Agustín y su "bastante como para que valga la pena saberlo primero".

No hay espacio para eso en una cédula de museo. Los museos tienen la habilidad extraordinaria de dar a los objetos una historia limpia, oficial y ligeramente aburrida, mientras que la historia real —la que involucra torpeza, corazonadas, alcancías y decisiones tomadas en cocinas de Jalatlaco— queda fuera del cristal, invisible para el visitante que se detiene a mirarla.

Ese visitante, esta tarde, es una mujer de unos treinta años con una niña de la mano que tiene la edad en que todas las cosas en los museos producen la misma pregunta.

—¿Qué es eso, mamá?

—Una moneda antigua.

—¿Para qué servía?

—Para comprar cosas. Como las monedas de ahora, pero de hace mucho tiempo.

La niña la miró un momento con la concentración de los que todavía no han aprendido que hay preguntas que no se hacen en voz alta.

—¿Y por qué está aquí si era para comprar cosas?

La madre pensó en la respuesta. Era una pregunta mejor de lo que parecía, que es lo que suelen ser las preguntas de los niños cuando uno se toma el tiempo de escucharlas.

—Porque ya no se puede usar para comprar —dijo finalmente. —Pero sirve para recordar.

—¿Recordar qué?

—Cómo éramos antes —dijo la madre. —Cómo se hacían las cosas. Quiénes las hicieron.

La niña lo consideró con la seriedad que da tener seis años y estar en un museo donde todo el mundo habla en voz baja.

—Pero la cédula no dice quiénes —dijo, señalando el cartel con el dedo.

La madre la miró, luego miró la cédula, y tuvo la expresión de alguien que acaba de recibir una lección de una fuente inesperada.

—No —dijo. —Tienes razón. No dice.

—Entonces cómo recordamos —dijo la niña.

La madre no respondió de inmediato. El narrador, que lleva toda la novela observando las cosas con la paciencia de quien sabe cómo terminan, observa también este momento y considera que la niña ha formulado, con seis años y sin proponérselo, la pregunta que está en el centro de todo lo que las instituciones como este museo intentan hacer y raramente consiguen del todo: no solo conservar el objeto sino conservar la historia que el objeto cargó, que es una cosa diferente y mucho más difícil.

La madre tomó a la niña de la mano y continuaron hacia la siguiente vitrina.

La moneda se quedó sola, como siempre, como antes de que llegara nadie y como después de que todos se vayan. Tiene esa capacidad, que el narrador ha observado desde el prólogo: la de estar presente con una consistencia que ninguno de los personajes que han girado a su alrededor ha podido igualar. Géraud estuvo y se fue. Martine estuvo y se fue. Evodio sigue en Jalatlaco con su llavero más ligero y sus martes de alcancías y sus domingos de llamada de los hijos. El padre Villanueva celebra misa en el mismo templo del que salió la

moneda hace ya varios meses. La señora de las flores sigue en el atrio. Don Agustín sigue en el mercado Juárez con sus lentes de armazón metálica y su "bastante como para que valga la pena saberlo primero".

Y la moneda está aquí, detrás del vidrio, sobre el terciopelo negro, con su cédula que dice quince palabras sobre lo que es y ninguna sobre cómo llegó.

El narrador se despide del lector con la familiaridad de quien ha compartido un secreto durante trescientas páginas y considera que ya es tiempo de que cada uno siga por su lado. Antes de hacerlo, deja una pregunta que no espera respuesta pero que le parece honesto formular: cuántas de las piezas que descansan en vitrinas de museos del mundo habrán tenido una historia así. Cuántas tendrán, en algún lugar, a un Evodio que tomó la decisión correcta cuando nadie se lo pedía y nadie lo habría sabido si hubiera tomado otra. Y cuántas seguirán esperando, en alguna alcancía o en algún cajón o en algún llavero, que alguien lo haga.

La moneda no responde.

Tiene ese carácter.

Siempre lo ha tenido.